

La Maldición de Esker'lamet

Adhara Redruello

Copyright © 2024 Adhara I. Redruello

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798876976437

Sello: Independently published

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a Ana Lucrecia Da Silva.

Por su padre.

Por su madre.

Por la vida.

PRIMERA PARTE

EXORDIO

LA ETERNA

Hubo un tiempo en que la cama era el único lugar agradable en el mundo entero. Las frazadas me protegían de los monstruos y las decepciones.

Todo dolor se hacía agua si era la almohada quien me sostenía.

Un cuarto frío.

La ropa acumulada bajo ventanas que pocas veces se abrían. Mi lugar. Mi hogar. Tal vez asfixiante y deprimente para cualquier visitante.

Esa era la idea. Aislarse de un mundo horrible y mentiroso.

No había nadie en quien confiar.

¿Quién sería capaz de soportar semejante carga? Y no era que tuvieran que hacerse responsables de mí. No necesitaba que me entendiesen. Moría por dentro, pero sabía, a pesar de todo, que sólo yo podría gobernarme.

Debía hacerlo.

Tal vez sólo necesitaba un poco de cariño, un lazo de confianza, un brote de esperanzas. Una luz que iluminara mi camino. Una salida del abismo.

Pero todos eran tan cobardes.

Lo podía entender hasta cierto punto. Nadie viaja por propia voluntad al infierno. Pero me preguntaba entonces por qué entonces en algún tiempo primitivo de la existencia me dijeron con completa seguridad: te amamos.

Nunca estarás sola.

Sí. Hubo un tiempo en donde los huesos de mi cara respondían que, en el fondo, no era más que esqueleto. Las ojeras me recordaban a la sangre compungida de moretones que me hice golpeándome una y otra vez.

La luz del sol hacía mal. No podía salir ni siquiera al patio. Escuchar las aves cantar, ver el sol brillar en un cielo celeste, vibrante, sentir los olores del otoño. Aquella belleza era sólo una cáscara. La esperanza quizás fue suficiente para otras personas. Pero yo moriría. Aunque no lo deseara. Terminaría muriendo cuando el dolor fuera insoportable, y el filo del cuchillo abriera de par en par sus muñecas. Cuando la sangre brotase como un manantial por la cama hacia el piso. Cuando el placer y el dolor se fundiesen en uno, y sin vueltas atrás, la angustia, la ansiedad y la culpa volaran cual mariposas negras por aquel cuarto depresivo.

Sólo entonces podría respirar en paz, y las lágrimas devendrían al entender que aquel acto irrevocable constituía la última hora de mi vida.

Los tranquilizantes tomados cinco minutos atrás, harían efecto, y el sueño, poco a poco, me haría sonreír. Apoyaría la cabeza otra vez en la almohada. Y cuando la luz de aquel faro persistente y cínico me gritase

*NO LO HAGAS, LEVÁNTATE OTRA VEZ. TÚ PUEDES.
TÚ PUEDES, MIRANDA CROSBORTEN,*

ya sería demasiado tarde. Y aunque lo intentara, resbalaría en el charco y caería sobre la alfombra. Mis brazos no volverían a levantarse, y entre un plañido de amargura, pero también, de poética razón, me daría cuenta de lo absurdo del verbo morir.

Sólo cuando el filo del cuchillo toca tu delicada y vulnerable piel, entendés que tan sola estás. Entendés, con absoluta sobriedad, que nadie va a salvarte...

Que incluso tu miserable vida depende de ti. Con ocho demonios, una vampiro, una bestia o un valle interminable donde los sueños y las pesadillas combaten como la luz de la luna y las sombras impenetrables de la noche, donde los recuerdos oxidados de las personas que ya no están y

aquellas que aún en tu presente, son fantasmas que no responden a tu voz. Incluso cargando con el universo caótico e insondable que llevas dentro, vos debés elegir qué hacer con el cuerpo que arrastrás.

Esta noche. La próxima. La siguiente. Y aunque en todas ellas lo he intentado, terminé volviéndome más... No lo sé.

Y gracias o a pesar de ello,
en la oscuridad
nací yo.



CAPÍTULO 1 ‡

TUPA

Ciudad de Jaiva, Marsenia. 8 de Junio, Año 2033.

Todos sus compañeros ya habían sido atrapados por la cazadora. Los fue depredando, como un león o un lobo, y ellos unos ciervos que se creyeron astutos. Pero el Ecurridizo, pues así lo llamaban, fue prudente y en vez de salir, se escondió. Era una casa de mala muerte, una residencia ocupada por drogadictos y delincuentes, de la cual se decía estaba maldita.

Él no creía en esas cosas, por eso pensó que esconderse allí, a oscuras, entre los pastizales y la basura, iba a hacerlo invisible.

Pero se equivocó. Aquella olía el miedo, y la culpa. O acaso veía en la oscuridad. Porque el escurridizo, aún bien quieto en una esquina en lo más profundo de las sombras, vio algo aún más oscuro entrar en la casa, y de repente todas las

sombras se pusieron inseguras, y escuchó pasos, y voces, y las cosas parecían moverse.

Se olvidó donde estaba la puerta y las ventanas, pues la paranoia sólo le mostraba un laberinto. Y cuando tras un chirrido vio dos pares de ojos brillantes, gritó del miedo y se escurrió, como sabía hacer, por un estrecho agujero en la pared.

Salió al exterior y suspiró, pero se escuchó retumbar las pisadas de algo pesado y el hombre se llenó otra vez de miedo. Corrió entre los pastizales del patio abandonado sin mirar hacia atrás. El alambrado de la calle se le enredó en los jeans y cuando se libró de él, terminó dándose de bruces con el asfalto de la calle.

Un coche apenas consiguió esquivarlo, y él con una maldición se levantó y siguió. En el callejón que venía pisó un tacho de basura y con las manos alcanzó el alféizar de una ventana. Sus pies rasgaron los ladrillos desesperados cuando por el rabillo del ojo vio a la infame justiciera detrás suyo. El hombre gritó del miedo y con todas sus fuerzas trepó la ventana. Casi lo había conseguido cuando un gancho se le clavó en el cuello de la campera y lo tiró.

El aire abandonó sus pulmones y por unos instantes sus ojos estaban tan ciegos como su compostura. La justiciera lo arrastró por la tierra hasta quedar ocultos los dos bajo la

sombra más oscura del callejón. El escurridizo la miró y su impávido rostro se puso más pálido todavía.

– ¿Sabéis quien soy? - le preguntó la justiciera. Su voz era argentina como la plata, honda, naturalmente poderosa. Pero su temple y su siniestra mirada hacía que sus víctimas en vez de gritar, callaran.

El escurridizo hombre asintió con labios temblorosos.

– Yaymena te dicen.

La justiciera ocultó aún más su rostro bajo la capucha. Sólo sus labios morados y su mentón blanco eran visibles.

– Esta noche vos y otros tres hombres violaron y asesinaron a una mujer.

Los ojos del hombre vacilaron perturbados.

– La secuestraron de su casa. La torturaron para que les diera el dinero. Pero al final la violaron hasta que murió, a las 5 de la mañana.

– ¿Cómo sabes eso?

La justiciera bajó la mirada.

– Negalo.

El hombre dudó.

– ¡Atrevete a negarlo!

Vio la rabia rutilando en sus ojos y tembló.

– ¡No me hagas daño!

– ¿Por qué lo hicieron?

El escurridizo no respondió.

La justiciera se arrodilló y le enseñó una foto con un celular.

– No quería hacerlo – confesó.– Nos dijeron que teníamos que ir a cobrar. Esa prostituta le debía dinero al katupyry.

Pero no... No sabía que pasaría eso.

La justiciera lo agarró por el cuello.

– ¿katupyry? ¿Eres de la mafia paraguaya?

– Me trajeron. Yo soy pobre... Tienes que creerme. Yo no sabía.

– Decidme tu nombre.

– Tupa.

– Y el nombre de los demás.

El escurridizo sacudió la cabeza, pero un leve gesto le hizo colaborar. Dijo sus nombres y la justiciera escuchó.

– ¿Y cuál es el nombre del katupyry?

– No lo sé.

Lo levantó en el aire con ambas manos. El hombre gimió.

– Juro que no lo sé. Nadie lo sabe.

La justiciera lo soltó y el hombre cayó de espaldas al suelo.

– Te doy dos opciones – declaró. – Te entrego a la policía como a tus cómplices... – Mostró el celular por debajo de su capa. – O averiguáis el nombre del katupyry. Me lo decís. Y todo esto termina.

– Van a matarme si me descubren.

– Yo no voy a hacerte daño.

– Mientes – se quejó el escurridizo. – Los justicieros están locos, nunca dejan a nadie vivo cuando salen por las noches. La justiciera se agachó.

– Ya estarías muerto.

El hombre se limpió los mocos.

– Ellos me dan de comer. Me dan trabajo. ¿Qué ganaré yo con que el katupyry vaya preso?

– No tenéis que hacer esto por hambre o por dinero. Es lo justo.

– ¿Justo? – se enojó el escurridizo, pero recordó a quien tenía delante.

– Mataste a una mujer. Trabajás para una red que basa su comercio en la guerra, la lujuria y el miedo. Ellos usan tu temor, tu necesidad de supervivencia, tu ignorancia y tu humildad para esclavizarte. Pero jamás ganarás. Vivirás eternamente en un círculo de calamidades y trampas, y en el camino, seguirás matando, robando y violando, hasta que de vos no quede más nada que un puto zombie.

– ¿Y tú me vas a dar algo mejor? ¿O el gobierno que nos ignora? ¿O la policía que nos golpea por ser paraguayos?

– Si no actuara yo por la justicia, y lo hiciera por el gobierno, la policía, o por el hambre, no te hablaría diciendo todas estas cosas. Haría lo que hacen los demás.

El escurridizo levantó la mirada. La justiciera vio en el alféizar de la ventana una mujer encorvada espiando, y supo entonces que las sirenas de la policía que se acercaban eran para ellos.

Miró al escurridizo.

– Elegid ahora.

El patrullero se detuvo en la boca del callejón.

– ¡Está bien! Quiero ayudarte. ¿Pero cómo saldremos de esta?

La justiciera le dio un celular antiguo.

– Ahora, corred.

Cuando dos oficiales de la policía llegaron al callejón, el escurridizo ya no estaba. Sólo una mujer envuelta en una negra capa oculta bajo una negra sombra.

En realidad se había escondido muy bien en el callejón. Y desde allí vio la escena.

– ¡Policía de Jaiva! – anunciaron marciales.– ¡Quiero verte las manos! – exigió uno de los oficiales.

Yaymena no se inmutó.

Le alumbraron con la linterna.

- ¡Quitaros la capucha y enseñad el rostro! ¡Ahora!

Ella levantó lentamente las manos y bajó la capucha. El pelo brillaba azabache. Más allá de sus mejillas y el mentón, su rostro estaba oculto bajo un antifaz robusto y puntiagudo.

– ¡Es una justi... es la jodida... es... Yaymena! – farfulló el segundo oficial, azorado por el descubrimiento.

Sin previo aviso, los dos dispararon.

Las balas sonaron contra el metal antes de que se ocultara detrás de la pared. Una explosión conjunta se liberó sobre el suelo. Una espesa capa de humo blanco se levantó delante de los policías.

– Es un callejón sin salida. – Gritó el hombre a la incertidumbre. – ¡Entregaros y...!

Las palabras del oficial fueron silenciadas cuando una imponente sombra emergió de la humareda y lo derribó de un único puñetazo. La orgullosa capa de la justiciera ofuscó la visión del otro oficial, que intentó retroceder, pero ella lo alcanzó en el tobillo y le hizo trastabillar.

Se limitó a quitarle el arma de la mano. Dejó que llamara los refuerzos.

– Es el demonio negro – urgió el policía, tembloroso en la radio. – ¡Repito, enviad refuerzos a mi ubicación!

Ella sonrió. El escurridizo ya tenía el camino despejado, así que salió, a señal de la justiciera, y se fue corriendo tan rápido como pudo.

Alcanzó a ver como ella se levantó la capucha y regresó a las sombras, allá donde, sin la luz del sol, no podría ser hallada.

MIRANDA

Las vendas caían junto a la única ventana de la sala, un rectángulo que absorbía desesperado la luz grisácea de la ciudad azul. La alfombra del departamento levantó polvo cuando Miranda dejó caer las botas. Comprobó los moretones en su pálida piel frente al espejo y ajustó rápidamente los cordones. Se comprobó en el espejo y subió el cierre del camperón. Sobre el lado izquierdo se leía una placa:

Sgto. Miranda Crosborten

A las 7 de la mañana abandonó el departamento. En el pasillo comunal reinaba la humedad y el olor a perro. El conserje y su mascota habitaban el fondo del edificio, pero el ambiente ya estaba impregnado con ellos.

Miranda era casi un fantasma entre los inquilinos. Siempre la veían salir pero nunca llegar. Aunque tampoco les importaba mucho su presencia. Nadie quería vivir allí, pero era todo podían pagar. O tal vez no les importase una mierda. A fin de cuentas, la naturaleza humana no había cambiado después de la pandemia.

Cuando estaba llegando a la puerta del ascensor escuchó una puerta abrirse. Aunque todas las puertas eran iguales, supieron sus sentidos que aquella era la del departamento 13. El aroma a naranja que llegó a su nariz lo confirmó.

– Sí que vas atrasada hoy, hermana. – Era Fernis, que habló con somnolencia.

Miranda le dedicó una sonrisa aguada.

– A la cueva, topo – le respondió con humor incipiente.

Era extraño que fuera él quien hablara de manera tan formal.

Detrás de la escuálida figura de Fernis apareció una muchacha bajita y risueña. Abrazaba con energía un bolso policial, la gorra le cubría la frente y la hacía moverse con torpeza.

– Y acá va otra apresurada. – Fernis la detuvo para acomodarle la gorra y darle un beso en los labios.– Que tenga buen día, oficial Osvaldo.

Miranda terminó por verse obligada a entrar al ascensor con ella. Le resultaba incómodo, pero tampoco iba a esforzarse en aparentarlo.

Se colocaron una al lado de la otra, mirando hacia la puerta. La pequeña luz del ascensor era cálida y débil. La estructura del ascensor era vieja. No tenía paredes, sino semi muros de metal y un enrejado que dejaba entrar corrientes calientes

provenientes del subsuelo.

– Fernis me habla bastante de vos – rompió el silencio la muchacha risueña.– Soy Berenice, por cierto.

Le tendió una mano. Miranda la aceptó.

– No suelo hablar mucho con Fernis – respondió Miranda apenas alzando el volumen de un susurro.

– No solés hablar mucho con nadie, ¿verdad?

Miranda volteó la mirada.

– Perdón, tengo un problema con eso.

Miranda sonrió.

– No soy tan severa como cuenta mi hermano.

Notó que la muchacha se contuvo de hacer un comentario.

– ¿Habéis escuchado alguna vez el dicho: no digas todo lo que piensas, pero piensa todo lo que digas?

– Sí, claro.

El ascensor llegó a la planta baja. La puerta chirrió al abrirse en manos de Miranda.

– Bueno, hay personas a las que podés decirle todo lo que pensás, como a mí. Estarás segura. Pero con la gran mayoría deberás pensar dos veces lo que decís.

Berenice sonrió tanto que sus cachetes, que ya eran pomposos, se pusieron colorados, sus ojos se hicieron chiquitos y brillantes.

– Me dijo que darías una lección – rebatió Berenice.– Me

agradás, Miranda.

Pero la teniente federal señaló el escudo de la Policía de Jaiva cocido en el uniforme de la suboficial.

– Me refiero a esto.

La consternación arribó al semblante de la novata.

– Suerte en tu primer día, Berenice Osvaldo.

Antes de que la otra agregara una palabra más, Miranda abandonó el edificio y se encaminó al barrio federal, a su trabajo.

Su segundo trabajo.

TUPA

El escurridizo no volteó la mirada ni dejó de moverse hasta que se sentó en el fondo del autobús. Sólo entonces analizó la distancia que había salvado corriendo en aquella nebulosa ciudad. Eran las 7 de la mañana y las calles del distrito norte comenzaban a poblarse de vehículos. Nadie le estaba siguiendo, y de haberlo hecho, tuvo que perder el rastro en la esquina, cuando se escabulló por una galería de doble entrada. Vio que el conductor del colectivo lo miraba de reojo por el espejo retrovisor, así que no se quitó los lentes ni la capucha. Le sudaba la frente y las manos no paraban de temblar, pero tenía la ventaja de escapar, era hábil para eso, el mejor tal vez. No por nada le decían el escurridizo.

En la estación de Los Robles bajó, cuando un tumulto de gente comenzó a subir, y caminó con las manos en los bolsillos a paso firme. Cruzando la avenida, estaba el corazón de la ciudad, el microcentro de San Martín y luego la magnánima torre Calvento en el barrio Artigas. Allí los bocinazos y el griterío eran desayuno.

Comprobó su alrededor antes de cruzar el semáforo.

Las calles y las veredas eran angostas y apretadas, los edificios achaparrados y comerciales. Tanto en las

peatonales como en las esquinas atosigaban los vendedores ambulantes. Por su pinta, logró pasar sin que una sola persona le dirigiera la palabra, pero los oficiales de policía y los guardias enfermeros -populares desde la post pandemia- no le quitaban los ojos de encima.

Cruzó en una diagonal adornada por una hilera de gruesas acacias y subió por el parque La Libertad. En lo alto de la colina, estuvo a punto de pedirle un cigarrillo a un vagabundo que se despertaba, pero la estatua de bronce que protagonizaba el parque le inquietó de tal modo que siguió caminando.

Tuvo que haberse quedado congelado un momento porque el vagabundo se rió de él.

Después del parque el terreno no volvió a bajar. Y por ello los imponentes edificios que poblaban Artigas parecían aún más altos todavía. Además de paranoico, ahora también se sentía insignificante. Entre las torres de tecnología y los penthouse de la élite jaivense, la torre Calvento destacaba muy por encima. La bandera de la Nación de Marsenia flameaba allá arriba donde nada competía con ella y pese a las circunstancias, el escurridizo sintió un peligroso orgullo en el pecho.

Miró a la derecha y vio por fin la línea de subte que buscaba. Bajó con apremio y buscó el baño. Vacío los bolsillos pero

no encontró ni un maldito cigarrillo. Se lavó las manos lanzando maldiciones y en eso vio que su celular se le había caído al suelo. Se agachó para juntarlo pero alguien que entraba al baño lo agarró primero. Tupa se levantó para recibirlo pero el otro hombre le estaba echando un vistazo. En ese momento sintió terror.

El sujeto era un confederado árabe. La otra mafia de jaiva.

El hombre tenía la mirada inexpresiva, no emitía ningún sonido y eso le perturbó. Miró al escurridizo, pudo sentir como por dentro lo juzgaba.

– ¿Me lo devuelves?

El hombre llevaba una campera verde militar y unos pantalones cargados. Tenía el pelo rizado, como él, y una barba muy poblada donde asomaban algunas canas. En el cuello llevaba un pañuelo negro, y por ésto sabía el escurridizo que ese sujeto era seguidor de Abdu Jabbar.

– ¿Me lo devuelve, señor? – repitió el escurridizo con tono más amable.

El otro seguía sin moverse.

El escurridizo reiteró el mensaje.

El hombre habló en otro idioma.

– No entiendo, señor – aclaró, pero se sintió molesto porque suponía que se estaba burlando de él.

El árabe le hizo una seña para que se fuera, y volvió a sumergirse en el celular.

El escurridizo apretó la mandíbula e hizo como si se iba a ir, pero estiró el brazo y le arrancó el celular de las manos. Dio dos grandes zancadas hacia afuera y echó a correr.

Al mirar por su hombro, vio otro confederado, que comenzó a perseguirlo con un cuchillo en la mano.

En el acceso al patio aminoró la marcha, puesto que había un oficial de policía. Los árabes casi lo alcanzaron, pero al ver al policía se detuvieron y dieron la vuelta. El oficial notó eso y fue tras ellos.

El tren llegó en ese momento así que el escurridizo entró al vagón y deseó no haber ido al baño.

El tren partió repleto de personas. El escurridizo transpiraba de nuevo.

Después de dos estaciones, más de la mitad de las personas habían bajado. Fue a sentarse, cuando al mirar a su izquierda, el corazón le dio un vuelco. Los árabes estaban allí también.

Supuso que ellos también lo descubrieron en ese instante, porque se dijeron algo y comenzaron a abrirse paso hacia él. Llegaron a la estación de Sedastra, que era la última, y cuando las personas comenzaron a bajar, los árabes se quedaron. El escurridizo se levantó pero no se animaba a

bajar. Aquellos le enseñaban a escondidas el filo plateado del cuchillo. Miró el reloj del tren. El contador para que se cerraran las puertas estaba llegando a 15 segundos.

Caminó despacio a la puerta, aprovechando que había una mujer parada al lado. Los árabes se movieron con él. El escurridizo se aferró a la barandilla del subte, tenía ganas de salir disparado, pero notó que sus perseguidores estaban a dos pasos de distancia.

Llegó a la puerta y contuvo el aire. Miró a los árabes a los ojos, un ultimátum.

La mujer bajó y él bajó tras ella.

Se impulsó para correr, cuando sintió un tirón del cuello y gritó, pero no le salió más que un gemido sordo. El árabe lo apresó y lo hizo a un lado. El otro, el que tenía el cuchillo, se abalanzó con el filo hacia su garganta.

De repente un cañón de pistola se apoyó sobre su frente, y el árabe se quedó paralizado.

– Volved a respirar y ambos comerán plomo – sonó una voz firme y argentina.

El escurridizo miró con asombro a la mujer. No se había dado cuenta que era una federal, y al parecer sus persecutores tampoco. Tenía el pelo muy oscuro y la piel muy clara. Era más alta que los tres, y había en su mirada y en su voz un detalle que le daba familiaridad.

El árabe del cuchillo retrocedió y levantó las manos. El otro soltó al escurridizo, e intentó atacar a la federal. El escurridizo vió como le lanzó un puñetazo, pero ella también atacó. La mano del hombre crujió al chocar contra la culata de la pistola de ella. En un movimiento rápido y corto, la federal volvió a golpearle con la culata en el omoplato. Sonó tan duro que le dolió al mismísimo escurridizo, no obstante sintió cierta satisfacción al ver como el árabe caía quejándose y retorciéndose.

El otro huyó. La mujer no lo persiguió.

– Ese es de la mafia – acusó el que estaba en el suelo. Ahora sí hablaba español.

El escurridizo retrocedió.

– Mentira. – Fue toda su defensa.

La policía se agachó sobre el hombre y comprobó sus bolsillos. El escurridizo se quedó parado, deliberando qué hacer al respecto.

El árabe se quejaba del dolor y seguía acusándolo. El escurridizo estaba preocupado.

– Vete – derogó ella.

El escurridizo creyó haber escuchado mal. Sólo vio que en su placa se leía “Sgto Crosborten”.

La mujer levantó la vista.

En silencio pareció decirle algo.

Aprovechó y se fue. Poco antes de alcanzar las escaleras se detuvo. Se ocultó bajo la capucha y salió a la superficie.

El aroma a sal marina lo puso alérgico. El barrio de Sedastra era un casco histórico colonial, y eso lo puso aún más enfermo. Atravesó un pequeño puente que cubría un tramo de rocas y luego caminó en dirección al oeste por la avenida que separaba Sedastra del barrio federal. Llegó a una rotonda, y desde allí siguió en dirección al sur.

Pasó alrededor de media hora cuando por fin llegó a las ruinas del muro que alguna vez cubrió a Jaiva. A su derecha había barrios privados; a la izquierda, fábricas abandonadas cubiertas por pastizales y enredaderas. Más allá del muro todo era campo. Se sumergió entre las fábricas, manteniéndose cerca del muro.

Minutos más tarde llegó al lago azul, que era famoso por estar muy cerca del mar y ser muy frío.

Se detuvo en la orilla, le dolían las tripas y estaba sediento. Buscó con la mirada. Por encima de las copas de los pinos, se veía la aguda cúpula de una iglesia.

Desde la distancia le pareció que el edificio debía estar abandonado. El hecho de encontrarse dentro del bosque le perturbaba de tal modo que buscó razones para pensar que ese no era el lugar indicado. Pero tras acercarse vio un

camino lo suficientemente ancho para un auto y un cartel de chapa al que ya no se le veían las letras.

A unos 50 metros el bosque dio paso a un claro. Un pequeño portón de madera maltratado daba la bienvenida a un cementerio donde unas cien o doscientas tumbas rodeaban la capilla. El césped estaba recortado pero las placas de los muertos estaban cubiertas de musgo y hongos. Muchas de ellas estaban rotas, caídas y desplazadas por las raíces nudosas de dos sauces llorón que acompañaban con su lúgubre presencia al sombrío santuario.

La capilla estaba hecha de piedra oscura, irregular, y el verdor del liquen cubría grandes sectores de las paredes. Las pocas ventanas que tenía eran demasiado angostas, de un vidrio amarillo. La torre de la cúpula se levantaba sobre siete pilares, cuya pintura bermellón estaba desgastada y agrietada. La campana se veía ofuscada por las pesadas sombras del bosque. Pero sin dudas lo que más llamó la atención del escurridizo fueron dos pináculos afilados, con tejas ya podridas. Doblaban la altura del edificio y tenían tallados rostros en piedra en las bases. Sobre la cornisa del techo, sobre la puerta, había una placa. Lo que decía, fuera el idioma que fuera, daba la sensación de ser siniestro.

Se acercó exhausto. Su cuerpo estaba demasiado cansado para demostrar los escalofríos que sentía por aquel lugar.

Golpeó con fuerza la doble puerta de madera. Unos momentos más tarde, alguien abrió.

– Hola – saludó con voz ronca. – Estoy buscando a Urumey. El hombre que le recibió era demasiado senil para ver, pero había una expresión endurecida en su semblante poco agraciado.

No dijo nada. Dejó la puerta abierta y siguió haciendo lo suyo. El escurridizo lo observó apagar velares, que se repartían a lo largo de la nave central. Le sorprendió que no hubiera bancos, ni tampoco un altar de madera. En su lugar había un pedazo de piedra pulida. Sobre él había un monje, de rodillas, rezando.

Entró, absorbiendo el débil calor del interior, y se acercó al hombre sin interrumpirle.

A pocos metros se descubrió el vitral de la pared final, de colores rojo, ámbar y azul. La luz que entraba no era suficiente para iluminar más allá de ese rincón. Sobre todo porque, una cruz de dos metros de altura se alzaba delante, y cuyo tallado de madera se encontraba atrapado por decenas de láminas metálicas que le daban vueltas, como las serpientes del caduceo. Se veían afiladas.

El monje se dio cuenta de su presencia y volteó.

El escurridizo lo reconoció con demora.

– ¿Urumey, eres tú?

El otro se levantó.

– ¿Tupa? – murmuró. – ¿Qué haces aquí?

– Necesito un favor.

El monje lo agarró del brazo y lo arrastró hasta afuera. Cerró la puerta detrás suyo. En la luz del día lo examinó mejor. Tupa se quedó esperando a que terminara de hacer lo que estaba haciendo.

– Estás temblando. Y tienes sangre. ¿Has caminando hasta aquí? – Tupa iba a responder pero el monje continuó. – Te he dicho que no quería volver a verte. Y mucho menos aquí.

– Es el único lugar donde podía buscarte.

– No puedes estar aquí. Es el último lugar donde deberías estar.

Tupa se sintió contrariado.

– Era el único lugar a donde podía ir. Tengo que descansar un poco. Y es una iglesia – explicó, como si el otro necesitara saberlo. – Urumey, hice una cosa muy mala...

Un tordo se posó en la cornisa del edificio y los observó.

El monje suspiró y al final lo llevó adentro.

Lo hizo sentarse en una silla destartalada ubicada en el interior de una pequeña cocina. Le ofreció agua, una manta y un pedazo de pan. Tupa le contó lo ocurrido esa noche, y luego de terminar de comer el pan, lo actualizó de su vida, muy por la superficie.

- La mafia paraguaya – repitió el monje con seriedad.
 - No me juzgues – solicitó Tupa.– Tú hubieses hecho lo mismo si no te escondías en la iglesia.
 - No es una iglesia. Es una derotea. Y elegí obrar bien, bajo la luz de...
 - Y yo elegí trabajar – interrumpió Tupa–. Darle de comer a mamá, reunir dinero para nuestra hermana.
- El monje observaba a través de la pequeña ventana amarilla. Se le veía preocupado, pero no por él sino por algo allá afuera.
- Mírame, hermano. – Urumey lo miró. – Tú me conoces, sabes que siempre fui honrado. Cuando había que levantar la pala pues yo iba y levantaba la pala. ¿No?
 - ¿Por qué viniste a Jaiva? – indagó con tristeza el monje. Había algo raro en él. Solía ser más diligente, el más honesto, el caritativo. El hielo en su voz ocultaba algo.
 - Me contrataron de una empresa de transporte. Una banda de terceros que tenía que ver con los medicamentos de Guara. Era mover cargamento de Hendra a Jaiva.
 - ¿Y no sabías que era un negocio mafioso?
 - Sí, pero pensé que podía salirme cuando quisiera. Una vez reunido el dinero, me iba a dar los tarros.

El monje caminó hasta el umbral de la puerta para lanzar una mirada hacia la nave principal. El guardián anciano había desaparecido.

– Tú no estabas en casa – criticó Tupa. – Nos abandonaste. ¡No me puedes juzgar!

– No lo hago – respondió él.– No eres el único que ha entrado en una tormenta. Me temo que ambos estamos en la misma batalla.

El escurridizo sintió cierta satisfacción.

– Y dices que esta justiciera te pidió que seas su espía. – Tupa asintió.– De modo que ahora eres extorsionado por dos bandos.

– Una vez caiga el katupyry, me iré. Esa Yaymena no va a atraparme otra vez.

Hubo un murmullo muy grave proveniente de afuera. Tupa buscó el origen, confundido, pero su hermano mostró una enorme desdicha.

– ¿Qué es ese ruido?

Urumey salió de la cocina y se fue al altar de piedra, donde estaba antes. Tupa se acercó a la ventana para ver hacia afuera. El murmullo crecía. Eran como voces provenientes del bosque.

Cuando fue a donde su hermano, lo vio con una máscara extraña en la mano. Se había levantado la capucha de la túnica y ahora su rostro estaba teñido en la oscuridad.

– ¿Qué está sucediendo, hermano? – preguntó con creciente temor. – ¿Q-Qué es esa máscara?

– Lo siento, Tupa. – Esa sentencia lo horrorizó.

No vio de donde, pero recibió un golpe en la cabeza que lo hizo desaparecer.

Lo despertó el dolor. Sentía que se estaba moviendo, y un constante fragor sacudía sus orejas y le provocaba fricción en toda la espalda. Abrió los ojos y vio las copas de quebradizos árboles formando una pasarela en un cielo gris e indiferente. El murmullo que oía antes ahora eran claras voces guturales, rezando en una lengua desconocida. No lo hacían al unísono, y eso hacía que se sintiera como el bombardeo de una lluvia maligna sobre su mente.

– ¿U-Urumei? – balbuceó adolorido.

Una raíz de árbol golpeó de costado su cadera y entonces se dio cuenta de que estaba siendo arrastrado por la tierra. Giró la cabeza y vio el bosque envolviéndolo. La urgencia lo alcanzó e intentó levantarse pero no tuvo nada a lo cual aferrarse. Sólo tierra negra y húmeda. Miró hacia adelante y vio que lo arrastraban por las piernas. Gritó e intentó

zarandear sus manos, pero se movían a una velocidad constante y sus manos tampoco tenían punto de apoyo.

– ¡Urumey! ¡Auxilio! – El murmullo que emitían lo espantaba. Veía que estaban vestidos todos de bordó. - ¿Quiénes son? - balbuceó exasperado. Al ver hacia atrás vio que parte del grupo caminaba detrás de él. Llegó a mirarles pero sus rostros estaban cubiertos por una máscara de animal. Parecía un jabalí pero también un demonio. Sólo se veían las ranuras de los ojos y los labios, que parecían demasiado rojos, como manchados o ensangrentados.

– ¿¡A dónde me llevan?! – desesperó Tupa. – ¡Soltadme, por favor!

El sendero dio paso a un claro y sintió la hierba en su espalda. El escurridizo estaba llorando cuando la marcha se detuvo. Intentó darse la vuelta pero lo levantaron por los brazos y por las piernas. Por un momento creyó que lo iban a descuartizar. Vio ahora erecto que estaban cerca de la capilla, pues podía ver los pináculos desde allí, y entre los árboles a su derecha vio pedazos del lago azul. Buscó rápidamente con la mirada pero no reconoció a Urumey. Esa observación le devolvió el terror a su alma. Eran una docena de personas, todas llevaban la misma túnica y la misma máscara. Nadie reaccionaba a sus gritos ni a sus movimientos.

Lo tiraron contra una superficie lisa, boca abajo. Sintió en su cara el olor a algo desagradable y carnívoro en la piedra. Le sujetaron las extremidades y mantuvieron su cabeza pegada a la piedra. Ya no podía gritar, apenas conseguía respirar.

Le arrancaron la ropa y vertieron un líquido tibio sobre su espalda. La imaginación de Tupa se disparó y se sacudió, como un animal desesperado por escapar. Pasaron algunos momentos mientras escuchaba el movimiento y el sonido metálico de unos utensilios. De pronto sintió algo caliente acercándose, y aunque tuvo el reflejo de apartarse, algo cortó y quemó su piel y su carne. Chilló, apretando los dientes, mientras el dolor se hacía más y más agudo. El dolor, aunque inmenso, se desplazó de un omóplato a otro, y después bajó y regresó al lugar donde empezó.

Cuando retiraron el metal, la espalda entera le punzaba en un dolor que jamás antes había sentido, como si le hubiesen abierto un agujero y se encontrase expuesto, vulnerable hasta para las partículas de polvo. Se sintió avergonzado, humillado, el dolor se convirtió en miedo. De que volviese a doler, pero cuando la carne volvía a disparar los nervios y recuperaba el sentido del calor, el miedo se extinguía y en su lugar lo invadía una serenidad que no pudo aprehender hasta que entendió que también lo alcanzaba la culpa.

Recordó a la mujer a la que asaltaron por la noche. Recordó que cuando el coche frenó, abrió la puerta y la agarró por el brazo. La apresaron en el asiento y la llevaron a una casa en las colinas. Ella luchó y tuvieron que golpearla hasta que se tranquilizó. Podrían simplemente haberle quitado las llaves de su casa y robarle. Podrían haberla hecho pagar de otra manera. Pero tenerla tan cerca, con su falda y su escote, sus gemidos de dolor, su perfume, les excitó, y aunque la llamaran travesti y se burlaran de ella mientras bebían y fumaban, poco a poco los apretones de cuello y los tirones del pelo dejaron de ser profesionales. Recordó haberse dado cuenta de las erecciones de sus compañeros. Que tras un rato de golpizas, tenían que liberarla. Sus compañeros le ofrecieron sus penes, pero ella se rió. Había dicho que no eran hombres, y esto los llenó de impotencia. Le gritaron y la volvieron a tratar en masculino. Le dijeron que por ello se merecía que la violasen, así era una verdadera mujer. El dinero dejó de ser importante y ella lo hizo saber. Además de impotentes, ellos se sintieron unos idiotas, unos incapaces. Incluso cuando la desnudaron y se la cogieron, siguieron sintiéndose impotentes e idiotas, porque no podían tomar la decisión de cogerla o golpearla, o ir a robarle su dinero, o liberarla. Eran presas de sus instintos, de su ira, su debilidad, su deseo sexual por una travesti, y

eso los hacía sentir culpables. En cualquier sentido, ella era mejor que ellos. Por eso siguieron golpeándola y violando, incluso cuando ya no tenían erecciones o algunos de ellos ya habían acabado. Incluso cuando los puños le ardían y la sangre comenzó a ser demasiada. Tupa no era tan fuerte para haberla dañado, y aunque le gustaban los hombres, sabía que ella no le atraía. Sabía que todo eso estaba mal. Pero tenía miedo de que ellos se dieran cuenta, y lo golpearan a él también. O peor, de que lo señalasen y se burlaran. Tenía miedo de ser impotente e idiota. Pero entonces ella dejó de moverse y de llorar. Y cuando el gallo anunció las 5 de la mañana, Tupa deseó irse al infierno. Ahora, ya estaba en él.



CAPÍTULO 2 ‡

La oscuridad se cierne sobre todos nosotros. No hay escapatoria. El mal corre en la sangre y sin la sangre, nadie puede vivir. Resistid como queráis, en el lugar que sea, usando máscaras o no. Pero hasta en los corazones de los inocentes... no, sobre todo en el corazón de los inocentes, palpita latente la semilla de un poder que no responde sino al dolor y la pérdida. Dominemos nuestra oscuridad o ella tarde, temprano, nos consumirá, y entonces, la irrefrenable pisada del señor supremo, dios de la guerra y la pasión, nos hará siervos de su voluntad.

ZYRA

Un año antes... 5 de agosto de 2032.

Un buen tiempo atrás fue una niña cuya conciencia había sido modelada, quisiera o no, sobre la figura atormentada

de su prima Miranda. Desde que aprendió a caminar la adoró. Su referente absoluto, la representación de cómo quería ser de grande. Su prima era como el sol en el cielo, la que aportaba luz y calor. Pero un buen día una luna tapó el sol, su diosa le golpeó fuerte y desde entonces, los buenos días ya no fueron buenos porque Miranda ya no estaba en ellos. Ahora era el diablo. Todo lo que estaba mal. Quien definitivamente no quería ser cuando creciera. El sabor de la traición amargó su boca.

De repente, un mal día, tenía 16 años.

Sus sueños seguían intactos. Creía que los cumpliría, más pronto de lo que esperaban los demás. No obstante, en la práctica era un desastre. La mayor parte de los días de la semana estaba fuera de casa sin cumplir con casi ninguna de sus tareas. Reprobaba dos tercios de las materias en la escuela. Los fines de semana, le dieran permiso o no, se iba de jerga y se perdía en laberínticos placeres y vicios. La diferencia entre unos y otros se hizo cada vez más difusa y los conceptos de fiestas, responsabilidad, drogas y calle rebotaban en su mente con la voz de su madre, que apenas podía comunicarse con su hija más pequeña.

Zyra pensaba en todas esas cosas mientras fumaba un porro. Estaba sentada sobre una roca de cara chata y miraba al mar. Su amiga FiFi había estado escribiendo con una navaja sobre uno de los troncos que sostenían el muelle. Donde estaban no les molestaba el viento. Era una cavidad que se había formado con rocas oscuras que alcanzaban el tamaño de un auto. Esas enormes piezas de roca poblaban el sur de la costa de Jaiva y se decía que habían sido traídas para la construcción de la ciudad dos siglos atrás.

– Hey – la espabiló Fifi. Se acababa de sentar sobre un tronco seco, detrás de ella–. ¿Le estás enseñando a hablar al porro?

Zyra sonrió. Las gotas de agua salada le salpicaron los pies.

– Estaba pensando... Viste que estaba interesante la clase de hoy.

– ¿Cuál? ¿La de historia? – investigó Fifi, con una mueca en el rostro. Como si supiera que no era en lo que su amiga estaba pensando. Estiró la mano para recibir el cigarro, pero terminó por levantarse otra vez.

– La de teología – se le ocurrió responder. El sabor amargo y marcescente en su boca se combinaba con el aroma a coco que tenía en el pelo. – O sea, me dejé pensando mucho.

Fifi asió un mechón rosado y lacio que caía como las hojas de un sauce sobre su oreja izquierda.

– Me parece una estupidez. ¿Para qué nos enseñan religiones en la escuela? ¿De qué sirve? Además, todas las religiones fomentan el patriarcado. Se olvidan que son construcciones sociales...

Zyra miraba como FiFi buscaba piedras en la orilla, fuera del refugio de piedras.

– No es religión, Fifi. Es teología. El estudio de las religiones.

Cruzó las piernas y enderezó la espalda como un monje.

– Como sea, todas fomentan el patriarcado.

Zyra se encogió de hombros en un tic nervioso. Cuando fumaba, sólo Fifi les provocaba esos escalofríos, que no eran fríos, sino calientes. En realidad, todos sus compañeros le provocaban ese tic, que no era un tic, sino ganas de treparse.

– El elisenismo no – refutó Zyra.

– ¿Cómo qué no? – se precipitó su amiga, enérgica, abriendo mucho sus ojos pequeños.

– Elisa Calvento fue la primera feminista de nuestra historia. Agarró lo bueno del cristianismo y lo mezcló con las viejas costumbres de la tierra.

– Ay, nada que ver. Elisa sólo quería obtener votos para su campaña. Y como todos eran cristianos en aquel entonces...

– ¿Creés que una mujer podía hacer campaña en el 1820? Ni siquiera había democracia. Ella vino a revolucionar el mundo.

– Y la asesinaron.

– ¡Y claro, porque era un mundo machista!

Zyra sintió como el corazón comenzaba a latir con fuerza. – Eso significa que la mataron por ser mujer. Ella se alzó, rompió las cadenas... Y después vino su hija e hizo lo imposible.

FiFi fue a sentarse frente suyo, con pequeñas piedras en la mano que lanzaba contra la pared del muelle.

– Fo, esa parte no me gusta - disintió.

– ¿La del imperio de Marsenia?

– Sí. Si yo fuera Eluney hubiese hecho un imperio de mujeres. No de mujeres para hombres. Los hombres, como siempre, terminan traicionando a las que los parieron. Por eso ahora siguen existiendo.

Zyra lanzó una risita inesperada. Sus rulos saltaron detrás de su cabeza.

– Ya te ponés perra. – Guardó las manos dentro de las mangas del buzo rojo. Tenía unas tres tallas más que la suya. Amaba usar ropa grande.

Sentía cómo sus ojos estaban poniéndose vidriosos y su mente se relajaba.

Fifi la miró, arqueando la ceja con los ojos enrojecidos por el efecto de la marihuana. Se miraron unos segundos, el aire a su alrededor parecía haberse puesto más frío así que se acercaron y se recostaron sobre la pared.

– Sos una idiota hermosa – confesó Fifi, rompiendo el acuoso silencio en el que estaban sumergidas.

Zyra le dedicó una mueca con la lengua y se dió vuelta para ver los pies de una persona paseando por el puente. Sentía como FiFi la miraba vacilar. Estaba tan distraída y a la vez tan concentrada en ella que se escuchaba como se mordía las uñas mientras le acariciaba la pierna con la suya.

Zyra recordó un chiste y se rió, pero Fifi no perdió la concentración y siguió, como quien observa un paisaje.

– ¿A ver qué mirás? – reaccionó Zyra con lentitud jugosa. Dejaba caer la cabeza por encima de su hombro derecho y sus voluminosos rizos jugaban con la gravedad, saltaban y se encogían.

Fifi se quitó la campera de algodón que la cubría. El uniforme escolar asomó, camisa blanca, corbata y pollera verde oliva. Bajo ésta, las medias negras con detalles cadavéricos, descendía hasta encontrar los zapatos, también negros.

– Nada. – Suspiró—. Sólo envidio a Reminis por tener semejante belleza al lado.

Zyra se mordió los labios ante semejante comentario.

– Estoy con vos ahora, tontita. Decime, ¿qué ves de bello en mí?

– Todo. Tu pelo es perfecto. Es como afro, pero suave, rizos salvajes, pero tiernos. Tu piel me recuerda al chocolate y me dan ganas de pasarte la lengua por toooda la piel. Tus pecas... ¡esas pecas te vuelven...! ¡Ay, Chira!

– ¡Fifi! – se sonrojó. Fifi se puso todavía más cerca y Zyra levantó la pierna, juguetona.

FiFi la atrapó con sus manos y acarició la media de red que llevaba, de la tibia hasta los muslos, atreviéndose hasta por debajo de la pollera.

– Tus piernas son firmes y carnosas – continuó. – Todo tu cuerpo es muy fitness, Chira. Walta deportista, sos. ¿En qué momento hacés ejercicios?

– Estabas hablando de mi cara, pervertida – apuntó Zyra, mientras le devolvía las caricias. Comenzaba a asaltarla el deseo sexual.

– Ah, sí – asintió irónica Fifi. Rio, ruborizada, y alzó la vista con un declarado esfuerzo. – Tus ojos son como las aceitunas. Pero tienen el tamaño de... una almendra. Y las pestañas... Oh, por Eluney. Tenés una mirada divertida, atrevida, celosía...

– ¿Qué significa eso? – interrumpió Zyra.

Ambas explotaban de la risa.

– Estás delirando, Fifi, por favor... – Hubo una pausa. – Mirá, a mí me gustan mis labios. Son labios de negra africana, ¿viste? O sea, son gruesos, oscuritos, pomposos. Vio que Fifi se mordió los labios y después se inclinó hacia delante. Había avidez en su mirada.

Se besaron.

La panza de Zyra se combó de nervios, al tiempo que una brizna cremosa y picante invadía su garganta, como si estuviera encendida y relajada, ambas al mismo tiempo.

Amaba la relación que tenía con Abigaíl. Así era su nombre. Amaba que fuera igual de libre que ella. Que dejase fluir las cosas, y animarse a todo. Eran iguales en ese sentido. Le gustaba fumar con ella, correr, jugar, besarse y pensar en cosas que no muchos se animaban a pensar. Pero había pequeños momentos en que sentía algo de culpa, o al menos un sentimiento molesto en el pecho. Porque siempre, tras el caudal ávido de vida que ambas dejaban pasar por sus cuerpos, Fifi se ponía sentimental, y a veces lloraba. Siempre, después de fumar y besarse, o correr y acostarse en cucharita para aguantar el frío, Fifi le confesaba algo nuevo a Zyra. Le revelaba secretos de su familia o le admitía que era ella su única amiga. Y ahí sobrevénia lo incómodo. Zyra no sentía lo mismo. De hecho, creía que no sentía

mucho, bien poco, por Fifi. Amaba pasar momentos con ella... y eso era todo. No sentía necesidad de hablarle sobre su familia, porque simplemente no quería pensar en eso. Y respecto a que era su mejor amiga. No lo sabía. Implicaba compromisos que no quería asumir.

En ese momento, se percató de que quizás no podía devolver lo que le daban.

Sujetó a Fifi por los hombros y la apartó. Lo hizo como un juego, pero Fifi retrocedió tres pasos y fue a parar más lejos de donde estaba sentada. Estuvo a punto de golpearse. Zyra se preocupó.

– Perdón - barruntó.

– Eso es algo que me gusta de vos – piropeó FiFi otra vez. – Tu fuerza. Tendrías que salir a trompear machistas en la calle. Unirte a Las chicas de Cerdos Voladores.

Una alucinación a la que conocía como *Las llamadas más allá del mar* comenzaron a vibrar en sus oídos. Sonaban como el grave bramido de un animal salvaje pero destrozado por el frémito sonar de una enfermedad provocada en el corazón de alguna urbe industrial. A veces, la sensación era tan fuerte que hasta comenzaba a sentir el sabor a hierro en su boca, pero no como la sangre, sino como el de cosas oxidadas disolviéndose en el agua que bebía.

– Sabés que ya tengo grupo – reprochó Zyra de malhumor. La visión se le oscurecía. La voz de FiFi era un ancla en la realidad.

– Sí, pero no hay tanto peligro, Chira. Hey, ¿Estás bien?

– El peligro está en las calles, no en los justicieros – replicó ella.

Ya no veía a FiFi.

– Sólo digo que aún estamos en la secundaria. – Escuchó que suspiró. – Quiero hacer buena letra con mi padre. Y en los Cerdos Voladores es una militancia más intelectual.

Entonces Zyra dijo algo que no quería decir.

– ¿Vos, intelectual?

Hubo un largo silencio entre las rocas. Las olas se estrellaron contra los troncos y las primeras piedras, la letanía aguda y estirada de las gaviotas advirtieron un descenso en el sur, pero de todos los sonidos fue el roce de la tela y las pisadas sobre las piedras las que paralizaron a Zyra.

– Perdón, FiFi.

El sonido de las llamadas más allá del mar menguaron, como satisfechas con aquel acto de maldad, y le devolvieron la visión para que viera como su amiga recogía su mochila y se iba.

Quiso ir tras ella. Vaticinaba que ella también lo quería. Pero algo dentro suyo se lo impidió. Mejor si se tragaba su error y se iba a casa. Hacía rato que no estaba en casa.

REMINIS

La actualidad...

Habían asesinado a su amiga.

La había estado esperando en el Hotel de Mario para celebrar su cumpleaños. – Mañana te tendré una sorpresa, Artemisa – le había dicho por mensaje. Y aquella le había respondido con expectación – Eres la mejor zorra, amiga.

Había sido la primera vez que la llamó “amiga”. Con frecuencia, Reminis solía preguntarse todo tipo de cosas que las prostitutas no solían preguntarse. Y mucho menos, prostitutas trans. El Hotel de Mario era la casa del placer más lujosa de Jaiva, y durante los 3 años que había estado trabajando allí, tuvo esa espinosa sensación de que no debía estar agradecida con ello. Pero su jefe, que era un gordo agresivo con todo el mundo menos con ella, le repetía todas las noches que pertenecer a esa casa era lo mejor que le podía pasar a una trava.

– Eres muy jovencita, duraznito – aludía su jefe y señor. – Eres tan especial que empezaste en la cima de la montaña. ¿Sabes cuántas chicas *como tú* te envidian por no haber tenido que trabajar en la calle, tratar con policías y borrachos? Tienes que estar muy agradecida, Reminis.

Había llegado a convencerse de que Mario tenía razón. Jamás la habían tocado sin su consentimiento. Tenía hombres que la defendían, ganaba dinero suficiente para darse lujosos caprichos y recibía la aprobación de belleza y feminidad que tanto deseaba. Pero ese telón rosado, esa fantasía de princesa, se dismanteló por la mañana, cuando la llamaron informando que Gabriel Espósito había fallecido.

– No sé quién es Gabriel Espósito – respondió ella confundida. Hubo un silencio en la línea y luego la voz del oficial aclaró con la misma monotonía: – le decían Artemisa.

Reminis quedó petrificada delante de la bacha de la cocina. Sintió que su departamento entero hizo silencio. El chorro de la canilla salpicando los platos sucios se cortó de repente. Apagó la hornalla y cerró la ventana. Creyó haber escuchado mal.

– ¿Confirma su identidad? – le preguntaron.

– ¿Artemisa murió?

– Sí. Puede pasar a declarar hasta las 8 p.m.

Apenas el oficial cortó la llamada, corrió hasta el dormitorio para cambiarse. Cambió el calzón viejo por una colalé trucada y la musculosa vieja por una pupera elastizada. Se puso un jean azul y las botas de cuero. Tenía dos horas

antes del anochecer, así que guardó en un bolso la ropa y los accesorios para cambiarse en el hotel.

Mientras se maquillaba en el espejo y se peinaba se dio cuenta que arriba de la mesa estaba el regalo de Artemisa, y eso la hizo llorar. Por alguna razón, ver su imagen reflejada le causó un puntazo de dolor. Todos los días comprobaba en el espejo del dormitorio el estado de su cuerpo. Sus 169 centímetros, sus 65 kilogramos; su tez blanca, su pelo rubio platinado, lacio y fuerte; la suavidad de su piel, el blancor de sus dientes, la prolijidad de sus uñas; la curvatura de su cintura, que nunca había sido suficiente culpa de sus costillas flotantes, y sus hombros sobresalientes que no adelgazaban como los músculos de su espalda, y sus caderas que aunque eran bonitas al igual que su trasero redondito no recompensaban la delgadez de sus piernas y de su cara. Eran los huesos de su ceño y la extensión de su mentón quizás lo que más le molestaba. Aunque ya no tuviera vello facial notable, su rostro... no era suficiente.

No estaba segura de si era un problema de feminización. Se viera o no se viera femenina a ojos de los demás, ella estaba presa de la femineidad. Y a veces era eso lo que le molestaba. Necesitar arreglarse para sentirse llena. Recibir un halago, o ser salvajemente cogida por un hombre. ¿Que era en el fondo, allá donde no existían los demás?

No lo sabía.

Pero estaba orgullosa de haber resistido la tentación de hacerse cirugías cuando su jefe se lo pidió. “Si te operases la cara, serías perfecta”. O cuando Frida, la más grande de sus compañeras, le criticó por no tener la voz lo suficientemente aguda.

Hacía un año se había realizado la mamoplastia. Le trajo tan buenos resultados, que esa voz en su interior que la criticaba por caer en la búsqueda de la hegemonía se apagó, y ese último tiempo había vivido en paz, disfrutando la nueva forma en que las remeras y los vestidos le encajaban.

Pero cuanto más bella era, más pequeños defectos le encontraban en el Hotel. Como si el tiempo de tolerancia a su disidencia y fealdad se fuera acortando. Y quizás no tuviera tanta importancia, de no ser porque a Artemisa la criticaban por los mismos motivos. Ella no había hecho caso a nadie.

– Y ahora está muerta – se dijo en voz alta frente a su reflejo.

Salió de la comisaría a las 19.30 con lágrimas en los ojos. Fueron detallistas al narrarle cómo había muerto. Pero seguía sin entender porque la habían asesinado.

En la puerta del Hotel de Mario había el doble de vehículos estacionados que de costumbre. La fachada del edificio era la de un cabildo colonial, pintado de morado, con luces rojas que apuntaban hacia arriba. En los balcones de todas las ventanas había macetas con rosas, tulipanes y orquídeas que mantenían siempre frescas. Solía haber guardaespaldas afuera, que la saludaban de buen agrado, y siempre se inventaban algún piropo. Pero ahora no estaban. Había hombres dentro de los automóviles, fumando. La miraron y Reminis saludó, de buen agrado. Pero ellos no respondieron. La inspeccionaron con la mirada, como quien ve un perro enfermo.

Dio la vuelta a la cuadra, notó en los edificios vecinos un silencio sepulcral. No estaba segura de si en esas construcciones derruidas había vivido gente en aquellos años, pero había algo en ellos que acompañaba la belleza del Hotel de Mario, como los arbustos acompañan a un árbol. Las calles de adoquines y los faroles de luz anaranjada hacían de aquel barrio una experiencia histórica. Mario siempre decía: “ustedes son cortesanas, y lo que hacen es arte”.

Del otro lado de la cuadra también había vehículos

estacionados. Un grupo de hombres fumaban en la vereda. No vio a ninguna de sus compañeras, ninguna cara conocida. Reminis se aferró a su bolso y se encaminó sin mirarlos al portón. Abrió el candado y pasó. Al estar dentro, volvió a poner la traba.

El pasillo era angosto y bastante oscuro ya para esa hora. Luego de caminar entre helechos y baldosas rotas, llegaba a una puerta casi imperceptible desde adentro. Al pasarla, salía a un verdadero patio de 50 metros de ancho y unos 30 de largo. Entre palmeras y acacias, había mesas y sillones, un estanque y varias estatuas de mujeres desnudas dando posiciones eróticas y provocadoras. Eran las únicas estatuas de mujeres con pene que había visto en su vida.

Había dos hombres sentados, acompañados por una damisela que llamaban Hilda.

– Reminis – la saludó. – Pensé que te habías tomado tu día hoy.

Los chicos que la abrazaban sonreían. Parecían muy jóvenes.

– Vine a hablar con Mario. – Observó a los dos chicos. – Hay mucha movida hoy.

Hilda hizo un gesto de placer.

– Mario está ocupado ahora. Hay invitados hoy... especiales.

Reminis entendió que tenía que entender algo, pero no sabía qué. Levantó el bolso y entró a la galería.

– Lamento lo de Artemisa, Reminis – gritó la otra. Su voz patinó en las palabras.

Al recorrer los pasillos, se encontró con todas las puertas cerradas. Se apresuró para ir a la recepción de entrada para hablar con el recepcionista, que era, después de Artemisa, su fiel compañero de charla. Pero cuando llegó al salón principal, que se ubicaba en el centro del hotel, interrumpió sin querer una extraña reunión.

En el centro había una pequeña mesita con una botella de whisky, seis vasos y un florero con una rosa. Alrededor de ésta había seis sillones de cuero amarillo, y sobre ellos estaban sentados Mario junto a sus dos hijos y tres hombres que desconocía por completo. Dos de ellos eran más jóvenes que el tercero. Uno vestía un traje negro con camisa blanca y corbata azul. Tenía la espalda y los brazos muy grandes y el saco lo hacía notar. A pesar de sus rasgos definidamente masculinos, por su cutis y su mirada, no debía tener más de 18 años. Al otro, en cambio, el saco le quedaba suelto, era muy flaco e incluso los lentes que llevaba eran gruesos como el culo de una botella. Al abrir la boca vio que tenía brackets, y por alguna razón le resultó familiar. Demasiado familiar, pero no conseguía recordar de dónde. Al ver a

Reminis, el chico bajó la mirada.

Los dos muchachos estaban sentados al lado de un hombre mucho mayor, y que por su postura y apariencia, debía ser un empresario o líder. Era grande como Mario, pero estaba mejor distribuido. Debía medir más de 1,90. Sus manos, sus brazos, su cabeza, todo era enorme. Vestía un saco salmón llamativo, con una camisa amarilla dentro del pantalón, y un cinturón plateado, que hacía remarcar su bulto. Abrió un poco más las piernas cuando ella entró.

Reminis alzó la vista, dándose cuenta que se había quedado un largo momento mirándolo a él. Se encontró con un rostro sonriente, gafas redondas y oscuras, y muchos accesorios brillantes, tanto en el cuello como en las manos. Había otros tres hombres, también de traje, custodiando la sala.

Todos los presentes la miraron.

– Reminis – dijo Mario con un forzado tono jovial. – Qué susto nos has dado. ¿Qué haces vestida así?

– Lo siento, señor – farfulló Reminis, poniéndose roja como un tomate. – Nadie me avisó. Lamento interrumpir.

Se dio media vuelta para irse, pero una voz profunda y melodiosa habló.

– Qué modales niña para no saludar.

El que se puso rojo ahora fue Mario.

– ¡Reminis, por el amor de Dios! – farfulló.– saluda a nuestros invitados.

Ella miró al hombre del saco salmón, pero no supo qué decir.

– Creo que tu musa no nos conoce, Mario – dijo jocoso.

– ¡Qué escándalo, mujer! – exclamó Mario, alterado. Las mucamas se rieron por lo bajo.

Reminis comenzó a sudar, sin saber cómo debía proceder.

El hombre del saco salmón se puso de pie, con inesperada ligereza para su tamaño. Se le acercó y la tomó por la mano con delicadeza.

– Soy Tróbulos del Valle, damisela. – Le dio un beso en el dorso de la mano. – Un placer conocerla.

Reminis se sintió pequeñita frente a él. Sintió calor. No sabía si era por el deseo o por el miedo.

– El placer es mío, señor – respondió ella, haciendo su mejor cara–. Yo soy Reminis.

Tróbulos sonrió, sin dejar de hacer contacto visual. Luego el hombre giró, sin soltarle la mano.

– Ellos son mis hijos: Tomás y Hernán.

El fortachón saludó con caballerosidad, al igual que su padre, pero sin hacer contacto físico. El tal Hernán, apenas levantó un instante la cabeza para enseñarle una sonrisa.

– ¿Quieres un trago, Reminis? – ofreció Tróbulos cuando

una de las mucamas le sirvió whisky.

– No, muchas gracias, señor.

– Por favor – sonrió el hombre–. Llamame Tróbulos. – La volvió a examinar con la mirada. – Mírate. Eres preciosa.

Mario casi saltó del sillón.

– ikatupyry! – Se tapó el rostro con la mano, nervioso. – Esto es una desfachatez... ¿Reminis por qué estás vestida con esos harapos? ikatupyry, os suplico que la deje ir para que se quite...! ¡Oh!

El hombre la soltó por fin y echando risas se giró hacia el dueño del hotel.

– Tranquilízate, amigo. Al contrario de lo que piensas, estoy agradecido de esta casualidad. Ya me estabas aburriendo con tu descripción fangosa de tus vacaciones... – Los presentes se rieron en conjunto. – Puede que tú no reconozcas una diosa griega cuando la veas, pero yo sí.

Sintió como la enorme mano del hombre rodeó su cintura.

– ¿Me la estabas guardando de sorpresa, verdad?

Mario miró a Reminis, y Reminis le respondió.

– Maldición – farfulló el dueño del hotel. – Me atrapaste. Me rindo.

Reminis sintió un nudo en la garganta. Tróbulos la soltó y fue a sentarse de nuevo.

– Lo sabía, viejo sapo – lanzó el otro después de dar un

trago a su bebida.

– Reminis, ve a cambiarte – le ordenó.

– Sí, señor. – Una de las mucamas le levantó el bolso del suelo. – ¿Espero en la habitación?

– ¿Tú qué crees?

Mario no solía tratarle así.

Antes de abandonar la habitación se inclinó con formalidad.

Las puertas se cerraron tras su salida.

Al llegar a su habitación, la mucama cerró la puerta con llave y la miró.

– ¿Tenés idea de quién es ese? – le reprochó la mucama. Su acento jaivense le refrescaba el suyo.

– Es un socio de Mario importante, ¿verdad?

– ¿No lo escuchaste? ¡Es el katupyry!

Reminis se quedó pensando con el ceño fruncido. La palabra pronto encontró el concepto.

– Es... – Deseó no terminar la frase. – ¿Es la mafia paraguaya?

La mucama asintió.

– Oh por todos los dioses...

Le temblaron las manos.

– ¡Entonces la mafia asesinó a Artemisa anoche!

– ¡Hablá más bajo, idiota!

Reminis se levantó y corrió a la ventana, visualizando ya

una vía de escape. La otra la agarró por el brazo.

– ¿Qué pensás que hacés?

– Me van a matar. Tengo que huir ahora.

– Si te vas, seguro que sí.

La sentó en la cama.

– ¿Por qué está la mafia acá?

La mucama comenzó a ordenar la habitación. El tocador, el ropero, floreros, los cuadros renacentistas.

– Vinieron a disculparse por ese incidente.

– ¿Disculparse? ¿Es una broma?

La mucama se le puso encima y le agarró con fuerza la cara.

– ¡Siempre vos la afortunada! ¡¿En qué realidad vivís?!

La soltó y fue a abrir las puertas del ropero.

– A ver qué demonios te ponés.

Reminis estaba consternada. Se quedó mirando como la otra vaciaba su bolso y la colgaba en las perchas.

– ¿Por qué no me avisaron nada?

– El katupyry llegó hace media hora. Mario apenas pudo manejar la situación. Ahora parece que depende de vos mejorarla o terminar de cagarla.

Reminis se imaginó estar a solas con ese hombre y no encontró ninguna opción satisfactoria. ¿Cómo demonios complacer al líder de la mafia paraguaya? Además, era gigante, fuerte. La iba a destrozar. Ella tenía experiencia y

habilidades como una puta. El Hotel de Mario se destacaba por tener una clientela de la alta sociedad: empresarios, dirigentes políticos, deportistas, maridos cansados de su matrimonio. El secreto estaba bien guardado allí. Había garantía de placer y habilidad. Belleza y estilo. Pero esa situación era diferente. Ese hombre era el responsable de la muerte de su amiga. Su amiga había robado dinero a la mafia. Y ahora dependía de ella fortalecer o romper el vínculo entre Mario y el katupyry.

– Pero, ¿por qué Mario se relaciona con la mafia? – se preguntó Reminis, que era algo que no terminaba de comprender. – Nunca lo he visto siendo cliente.

La mujer la miró furiosa, pero también tenía miedo.

– El dinero del Hotel proviene de la mafia – sentenció. – Somos parte de toda esa red.

Se le acercó, intimidante, también asustada.

– Y ese secreto ahora está en un hilo con la muerte de Artemisa. ¿Entendés, Reminisita?

Reminis tragó saliva.

– Estoy jodida.

CAPÍTULO 3 ₡

ZYRA

Aratas descendió de los cielos como un ángel rojo sobre el patio de una casa. Desde ese techo, cualquier humano se hubiese quebrado las piernas, pero él era Aratas, y de él se decía que era un almeisán, un semi dios.

Al aterrizar las baldosas se partieron y el suelo tembló. Los tres ladrones que había estado persiguiendo perdieron el equilibrio y cayeron al mismo tiempo.

– ¡Pagarán! – gritó el vigilante. Su voz no era masculina, pero estaba bien representada.

Uno de los ladrones intentó sacar un cuchillo, pero Aratas lo sujetó por la muñeca, y como a un saco de papas, lo lanzó contra la pared de ladrillos.

Salieron más hombres del interior de la casa, armados con palos y piedras. El héroe vio que uno de ellos portaba una pistola, y sobre ese fijó primero la mirada.

Estiró un paso hacia delante, desenvolviendo el látigo que colgaba en su cintura.

La punta flageló en la mano del atacante, abriendo un tajo profundo y lacerante.

– ¡AH! – chilló el maleante.

Alguien blandió una vara metálica sobre Aratas, le dio en la cadera y resintió. Se giró, furioso. El rostro de su agresor era feo y hedía a alcohol.

Lanzó un gancho ascendente sin oposición. Dio de lleno en la quijada. El hombre voló hacia atrás. Cayó sobre un compañero y quedaron tiesos los dos.

El aire silbó de nuevo. Aratas se agachó, esquivando una patada demasiado larga. Con el peso de su cuerpo lo empujó y le hizo traspasar el tejido del patio, que giró, se enredó y se quedó de patas arriba dentro la maleza.

Aratas se sentía poderoso.

Cuando le partieron un palo en la espalda apenas se quejó, y con esa concentración propinó un codazo hacia atrás.

Luego lo intentaron agarrar por el cuello, pero se destrabó e hizo rodar al opresor por encima de él.

Su atención volvió a fijarse en un nuevo hombre que levantó la pistola del suelo y la cargó.

Aratas dio un grito de guerra, y ahora sí se le escuchó el timbre femenino.

Dibujó un 8 en el aire con el látigo, cortando a todos en su paso. Atrapó el brazo entero del que disparó, y luego tiró. Un disparo escapó de la pistola antes de que Aratas pateara en medio de la cara al sujeto.

Los ataques cesaron entonces.

Se detuvo para comprobar su alrededor, como un perro que por fin suelta las mandíbulas.

Estaba agitado, el traje era apretado y le hacía transpirar.

– ¿Quién de vosotros es Judas? – exclamó el justiciero.

Entre los que quedaban conscientes, uno de ellos, agarrándose una nariz que no paraba de sangrar, señaló al que había traspasado el tejido del patio.

Aratas se acercó hacia ese.

Pisó una silla y saltó por encima, aterrizando en el descampado del otro lado.

– ¿Así que Judas? – Lo levantó del suelo, viendo que no había reaccionado.

Al darle la vuelta, el tal Judas abrió los ojos. En una mano tenía un aerosol. En la otra, un encendedor.

Aratas llegó a retroceder cuando se creó una llamarada que escupió directo a su cara.

Se cubrió con sus antebrazos. Pero el fuego lo envolvió por completo.

Aratas se lanzó al suelo en llamas y comenzó a rodar, pero quedó muy cerca del barranco, y tras un último movimiento, cayó por él.

Se golpeó contra rocas y raíces de árboles antes de aterrizar encima de una chabola.

Los ladridos de los perros y el barullo de los vecinos se fueron empequeñeciendo detrás el zumbido de dolor. A pesar de ello, se levantó y con esfuerzo se arrancó a jirones pedazos del traje. El fuego se extinguió a su voluntad, y cuando por fin se quitó la máscara, dio una profunda bocanada.

En realidad, Zyra estaba acostada sobre un colchón pulgoso, en una habitación con olor a humedad y unas ventanas que hacía tiempo no dejaban entrar la luz del sol. Ella soñaba despierta, mientras esperaba que le bajasen los efectos del vorterix, un opiáceo altamente adictivo que todos a su alrededor consumían.

El ambiente de Zyra ahora solía reducirse a aquella maltratada casa inclinada en las colinas de Ubicuy o Guera, ni siquiera ella sabía bien a qué barrio pertenecía. Sólo que ir a las colinas, al Norte de la ciudad, era ir a un lugar placentero y lejano, a fiestas que duraban días, noches que

no dejaban recuerdos, a sueños que siempre quedaban en futuros que nunca llegaban.

Lanzó un resoplido. Su fantasía no terminaba bien. O era su cabeza que estaba inflamada de narcóticos.

– ¿O la falta de ellos?

Se levantó de la cama y miró la mesa redonda frente a ella. 4 sujetos jugando a los dados y una cortina de humo que flotaba en la habitación como el smog en Jaiva.

– Volviste pichona – le dijo uno. – ¿Te sumás?

Zyra se acercó dando tumbos. Agarró un cigarrillo, pero antes de prenderlo vio entre todas las cosas que había en la mesa, un plato. No le quitó los ojos a la montañita blanca que había sobre él.

– ¿Dónde está el Sapo? – preguntó ella.

– En la cocina.

De la cocina provenía música, y entre las hebras de la cortina entraban rayos de luz de todos colores.

– ¿Jugás? – le volvieron a preguntar.

Zyra sacudió la cabeza. – ¿Me convidan una?

Sus ojos aún seguían puestos sobre el plato.

Hubo un intercambio de miradas entre los participantes.

Uno de ellos le acercó el plato a Zyra.

– Sos muy pequeña para esto, pichona – comentó otro.

Tenía la voz suave y la expresión lúgubre.

Zyra acercó un banquito y se sentó. Sacó un billete del bolsillo de su pantalón y lo enrolló.

Los tipos siguieron lanzando dados.

– Pasame la tarjeta – solicitó Zyra, desentendida del comentario anterior.

Le alcanzaron una licencia de conducir caducada.

Había uno que le prestaba atención a sus movimientos, así que Zyra esperó.

– ¿De quién es ésta?

– Mía – respondió el que la miraba. – Pero tranqui, de onda.

Ella sabía que significaba eso.

– Sí, obvio.

Jugó con el billete que tenía entre los dedos, hasta que todos volvieron al juego. Entonces con la tarjeta separó un pedazo, picó y armó una línea gruesa y larga. Y la aspiró mientras los dados rebotaban en la mesa.

Enseguida la levantó una explosión de placer y tranquilidad, un orgasmo en su cerebro, una picazón en su nariz, sequedad en su garganta. Se hizo para atrás y vio el ventilador de techo. Hasta las telarañas y el óxido le parecieron bonitos.

Gimió largo y tendido y luego relajó el cuerpo.

Uno de los tipos miró el plato.

– Te re pasaste, nena.

Zyra quiso hablar pero no pudo. Hizo un gesto con las manos con el canuto entre los dedos. La cocaína le bajó por la garganta e hizo una mueca.

Todos se rieron.

– ¡La pichona tenía que ser!

Zyra sonrió también y se movió con el banquito. Se levantó de un saltito y abandonó la mesa.

Cruzó las cortinas, como un velo a otro mundo, como traspasando las paredes, y llegó de nuevo a la fiesta.

Una fiesta que llevaba... ¿Cuánto? ¿Y qué hora era? ¿Cuánto llevaba consumiendo? ¿Y qué puto día era?

– ¡Qué carajo importa! – gritó, y se rió, porque nadie la escuchó. Y a nadie le importaba.

Se unió a la música a su ritmo, desacoplada de cualquier cosa excepto esa sensación en su cerebro, esa explosión continua de serotonina, a la que se aferraba con vehemencia. Le pasaron una cerveza y bebió. Le pasaron un cigarrillo y fumó. Le dieron una pastilla y la aspiró. Todo, todo era tan hermoso.

Fue dando giros entre la gente hasta llegar a otra sala, y la sala giró con ella, y la gente se deshizo como las luces a la velocidad de sus movimientos, y encontró a una que no recordaba el nombre y la abrazó y le dijo

– ¡Esto es vida, hermana!

y ella le respondió

– ¡Sííí! ¿Tomamos una?

y fueron al baño y aspiraron más, y luego bebieron más, y fumaron más, y Zyra ya no estaba en sus fantasías ni tampoco pensaba, y eso era lo hermoso.

Eso era la felicidad.

La que no obtuvo del mundo.

– Alguien dijo una vez – le dijo a un grupo con el que bailaba – Si el mundo te quita la felicidad, te la armás vos.

Y otro le respondió.

– La tirás, la pisás y la armás.

Y Zyra lo señaló, riéndose, y dijo:

– Y después te la tomás.

Todos rieron a carcajadas.

Y luego, el ruido se hizo silencio.

Ella quedó tirada de nuevo en el colchón pulgoso, y la cabeza no le dejaba ya ni abrir los ojos.

Todos se habían ido.

Alguien se le acercó.

– Qué desastre, pichona...

Era el Sapo, el dueño de la casa, y el dealer de toda esa pandilla que ni nombres a veces tenían. De todas las edades y todos los estratos sociales. La casa del Sapo estaba abierta

a todos los que buscaban pasarla bien. Y aunque el Sapo ya hacía rato se había dado cuenta que lo que hacía estaba mal, y que todo el que llegaba, jamás iba a volver a la normalidad, de eso vivía y era una rueda que ya no podía parar. Porque a las drogas las tenía que pagar o le pegaban un tiro. Y a esos muchachos les daba para consumir o terminaban en lugares mucho peor. La cárcel, la mafia, la calle o la muerte.

– Tomá. – Le acercó un analgesico y un vaso con agua a Zyra.

– Gracias, Sapo.

Él suspiró.

– ¿Qué?

– Y nada, mirate pichona.

– Estoy bien.

– Sabés que acá te cuido y todo pero...

– No empecés otra vez con lo mismo. Sé lo que hago.

– Esta es mi casa y me vas a escuchar.

Zyra se sentó.

– Bueno, me voy entonces.

El Sapo sacudió la cabeza. Volvió a suspirar.

Zyra resopló, desistió y se recostó de nuevo contra la pared.

– A ver – dijo – ¿Qué querés? Ya te voy a pagar.

– No es eso.

– Qué entonces.

– Que te vas a cagar muriendo, Zyra. Estuviste muy cerca de palmarla hoy y ni te acordás. Que cada vez venís más seguido. Sos muy jóven, no arruines tu vida. Mirá, para que yo te diga esto. Ya perdí muchos amigos.

Zyra dejó caer la cabeza para un costado. Su cuerpo estaba raro.

– No sabía que era tu amiga yo.

– Más vale, pichona. Yo estoy viejo, y estoy vivo de milagro. Y capaz a los otros no los pueda salvar porque no me van a escuchar o porque ya están en la mierda, pero a vos sí, y me importa, sabés.

Zyra resopló.

– Te agradezco, Sapo. Y te respeto, lo sabés. Pero me vale cien vergas todo eso. Mi vida ya estaba en la mierda antes de que llegara a acá. No tengo intenciones de cambiar ni de hacer nada diferente. Tendré 17 años pero sé muy bien cómo está el mundo, y cómo está la gente, y yo n-no – se le congeló el cerebro por un segundo- no voy a esperar a que me arruinen, como ya lo hicieron. Me arruino yo, y lo disfruto en el camino. ¿Sí? Chau.

Se levantó para deslizarse hacia la mesa. Todavía estaba el plato. Empezó a rayar con la primera tarjeta que encontró.

El Sapo se cruzó de piernas y la observó.

- Mirala vos...
- Sapo, dejame de joder. Me tomo esta y me voy si querés.
- ¿A dónde te vas a ir?
- Qué importa.
- ¿A tu casa? ¿A pelearte con tu madre, tus hermanos, y después volver pidiéndome algo para mandarte al cerebro? O a lo de tu amiga que no soportás porque no es una drogadicta como vos, o quizás a la escuela, que no tocás hace como un mes. O a lo de tu ex o lo que sea que no te quiere porque sabe lo que sos. Andate a cualquier lado, si al final siempre terminás volviendo porque no te soportás ni a vos misma.

Zyra se detuvo y lo miró enfurecida.

- ¿Qué mierda te pasa?
- Quiero que pares.
- ¡Y quién mierda sos para ordenarme eso!
- No es una orden, es un deseo.
- ¡Me vale vergas tus deseos, dejame en paz!

El Sapo asintió. Se paró, y caminó despacio hacia la puerta.

- Podés seguir actuando como una adicta, que ya lo sos. Pero podés volver a pelear por eso en lo que creías.
- ¿Qué?
- ¿Cuántas veces me hablaste de Aratas o de Eluney? De ser una justiciera, de cambiar el mundo, del sistema, del

universo. Cosas que a mí no se me ocurren, o no las sé. ¿No es que eras una semi diosa o no se qué? Ahí la tenés a la semi diosa. Aspirando merca, pastí, keta, vortex, todo, y todos los días, cada vez más cerca de la muerte.

El Sapo atravesó las cortinas y dejó sola a Zyra, con el plato, la tarjeta y la cocaína.

Y entonces la joven Zyra tuvo ganas de largarse a llorar.

Se quedó un buen rato así, mirando la pared.

– Está bien – se dijo a sí misma–. Ésta es la última. Y paro. Que si me dan ganas, sí cambio el mundo.

REMINIS

Era la medianoche y Reminis no podía controlar el temblequeo de sus manos. Se había puesto un conjunto de encaje precioso, junto con una bata de seda translúcida, de la más fina calidad. Le dio volumen a su pelo con una crema. Eligió el pintalabios más rojo e intenso. Se examinó en el espejo. Era hermosa.

Pero tenía miedo.

Tróbulos del Valle entró a la habitación en ese momento. La contempló estando de espaldas. Ella activó su lado seductor: levantó la cola, hundió los hombros y lo miró por sobre su hombro, sonriente.

– Eres... – se llevó las manos al pecho, mordiéndose el labio. – La mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Se le acercó. A su lado Reminis era chiquita. La miró con deseo.

– Sois muy gentil, señor.

La tomó por la cintura.

– Ohh... Mira esta cintura...

Le hizo dar una vuelta.

– Tienes un cuerpo magnífico. Quítate esto.

Le sacó la bata y posó una mano en su huesudo hombro. Acarició con paciencia su cuerpo: la espalda, la cintura, las nalgas.

– Vaya... Que suave eres.

Sus manos resultaron ser cálidas y gentiles. No ásperas y rudas, como esperaba. Las posó sobre sus caderas y dibujó con ellas, como quien trabaja la cerámica en un torno. Trazó de nuevo su cintura, sus costillas abiertas, y luego tocó sus tetas. Reminis sintió un inesperado placer, uno genuino y poco profesional, y no pudo evitar sonrojarse ante aquellas grandes manos que comenzaron a jugar con ellas.

Tróbulos la miró a los ojos. Vio en ellos el fuego, el cielo resplandeciente y las cavernas infernales, los vio acercarse, ceñirse sobre su fragilidad una gran sombra, un enorme peso. De repente sus pies perdieron el suelo y un elefante la sujetó con su trompa. Pero no dolió, o tal vez un poco. La llevó contra la cómoda, la sentó, y de repente la besó. La mordió, lamió su cuello, sus hombros, succionó sus tetas, y en ese momento sintió un poder ambivalente. Ahí estaba un gigante, pendiendo de su regazo, prendido, pequeñito, mas su cuerpo no se sentía fuerte, sino débil, sacudido por esa lengua descarada que movía su pezón como a una campanita, y ella se retorció, y clavaba sus uñas en su espalda.

Tróbulos la liberó, la miró, borró su sonrisa. La contempló desde la distancia de un brazo. Pareció regocijarse al verla así, semi desnuda, ruborizada y media tirada contra la cómoda. Reminis reaccionó y se esforzó por recuperar la profesión. Se incorporó y lo sujetó por el cinturón del pantalón.

– ¿Por qué mejor no te acostáis y te relajas, lindo?

Él sonrió. La sujetó con delicada fuerza por la cabeza y la hizo arrodillarse.

– Me quedaré parado. Chúpamela. Así.

Liberó el cinturón y bajó la cremallera. Bajo la panza del katupyry se encontró con una sorpresa escondida detrás del boxer. Lo acarició con su mano. Estaba muy caliente. Palpitaba. Y era robusto, tal como su señor.

Bajó el calzón y la cosa golpeó sus labios. Ella sonrió y levantó la mirada. Palpitaba y la mojaba.

– Vas a hacerme estallar niña.

Reminis acomodó su pelo, dirigió el pene suavemente con su mano y lo metió en su boca, donde las húmedas cavernas crearían una erupción.

Unos minutos más tarde ella estaba acostada en la cama, con los labios hinchados y los ojos vidriosos. Su garganta había tenido que soportar no sólo un grueso tallo, sino

también una copiosa descarga. Dijo que no había terminado de acabar pero en lo que le concernía a ella, había recibido más que cualquier hombre al que hubiese atendido.

Él había decidido hacer una pausa para acercarse al bar y traer unas copas. Le había dicho que esperase en la cama. Eso sí no le sorprendía. En la Casa de Mario, Reminis era conocida por hacer que los hombres desearan más, y aunque debido a la persona y la circunstancia, tal don no era precisamente un beneficio, ahora lo disfrutaba. Su sabor, su cortesía, su dominante presencia.

– Bebe, para refrescarte, muñeca.

Tróbulos regresó con dos copas de vino blanco.

– ¿Por qué brindamos, señor?

Él se sentó a su lado.

– Brindemos por la felicidad. – Chocaron las copas. – Por la felicidad.

Reminis fue a dejar su copa después de beber.

– Bueno... ¿Qué desea ahora, señor?

Él se rió.

– Oh, te confesaré Reminis... – Dejó su copa. – Pensaba que iba a tranquilizarme. Pero sólo escuchar tu voz me hace arder en deseos otra vez.

– Entonces venid, y tomad todo lo que quiera.

Él se levantó con firmeza.

– Quiero ese culo.

Antes de que ella pudiera hacer cualquier cosa, la puso contra la pared, le dio la vuelta y se apoyó sobre su trasero. Quiso darse la vuelta, y llevarlo a la cama, pero no se lo permitió. Apretó más y más, y pronto se sintió un poco asfixiada. Dejó que se frotara y se mojara otra vez, pero cuando quiso hablar, notó que las palabras no salían de su boca.

Estiró una mano, para tocar su cara, y notó que se sentía fría.

Pronto el katupyry la liberó, y cuando quiso girarse, el mundo se hizo borroso.

Se tropezó. Él la sujeto.

– Soy honesto cuando digo que me calientas más que ninguna otra mujer – le susurró al oído. – Pero más que esto, una travesti ¿qué puede hacer?

– ¿Qué? – balbuceó casi de manera inteligible.

Reminis intentó ponerse de pie, pero perdió el control de su cuerpo. El miedo se adueñó de ella en un sólo instante.

– Lo siento, muñeca. No puedo dejar que te vayas a casa. Mi proyecto depende de esto...

Se durmió, en los brazos de aquel hombre. A merced del hombre más poderoso de Jaiva.

CAPÍTULO 4 ₡

ZYRA

Desencadenó su bicicleta de la casa del Sapo y fue bajando de las Colinas al ritmo que los ladridos de los perros y las rocas en la calle. Podía estar medio muerta, con dolor de cabeza y la vista cansada, pero su bicicleta siempre la acompañaba.

Desde las colinas podía apreciarse la inmensidad de la ciudad, y era una sensación incómoda. Porque recordaba cuando la pandemia limitaba todos sus pasos, y de repente la enorme ciudad parecía chiquitita, tal vez sólo por saber que una no podía salir de ella.

Los suburbios en cambio eran un mar de tranquilidad. Todas esas casas, entre las que se encontraba la suya, eran como pueblos chiquitos y tranquilos, donde se suponía habitaban familias funcionales y economías estables, espacios verdes y horarios de normalidad. No sabía como era en las otras casas, pero al menos en la suya, nada de eso

se cumplía. Aun así, pasear por allí era lindo. Un lugar tranquilo metido dentro de un bullicio de corrupción, drogas y muchos, muchos edificios.

A donde iba quedaba justo en medio de Jaiva, pero tenía un truco para evitarlo. Uno que quedaba hacia el sureste, al arroyo que atravesaba la ciudad.

Bajó por las escaleras hacia el acueducto, donde un viejo siempre estaba sentado junto a un perro.

– Antes – pronunció el viejo con orgullo – esto era un río, limpio y puro, y las familias paseaban por acá.

El viejo siempre repetía la misma frase cada vez que Zyra pasaba por allí.

– Sí, lo sé – farfulló ella, luchando contra la gravedad para que su bicicleta no se le cayera al agua.

– Le decían paseo Veneciano.

A Zyra se le hizo un nudo en la garganta.

Consiguió llegar abajo. El suelo estaba lleno de basura. Ató la bicicleta a una rejilla y luego miró al viejo.

– Mi padre solía hacerme ese paseo.

– Ohh. Es una lástima que ya no esté.

Zyra asintió. Sabía que se refería al río, pero... el sentimiento era el mismo.

– Disculpad que te haga esta pregunta pero, ¿vais otra vez a ese lugar de los justicieros?

Zyra estaba en la entrada de una alcantarilla cuando el viejo le habló.

– Ehm, sí.

– Es un viaje largo y peligroso, ese túnel, jovencita.

– Lo he hecho muchas veces, señor. Todo lo que hay son ratas y olor a mierda. Tengo mi barbijo y mis auriculares.

El viejo se echó una carcajada.

– Qué tanto debes odiar esta ciudad para optar por un túnel apestoso a unas calles llenas de luz.

Zyra sólo sonrió.

– Bueno, nos vemos. Te traeré comida a la vuelta.

El viejo hizo un gesto de agradecimiento.

– Cuidaré tu bicicleta.

Una hora más tarde estaba en el corazón de Jaiva.

La conformaban la zona de los barrios de Artigas, Calvento y San Martín. Eran conocidos por tener el cementerio más grande de Marsenia, por los monumentos nacionales y por poseer vista espectacular desde los rascacielos. Menos conocido era, sin embargo, el área suburbana. Una red de plazas y discotecas underground conectadas por los túneles de las viejas estaciones del subte, y por las alcantarillas. Era una región que se extendía kilómetros, desde Pax, en el

oeste, hasta Lyriatiz, en el extremo oriental, sobre la costa. Del mundo subterráneo se decían muchas cosas, pero quienes se disputaban el control de la mayor parte de ellas, era la sociedad de los justicieros.

Zyra salió de la alcantarilla al túnel del subte. A hurtadillas fue acercándose a la entrada principal, por la cual ella no tenía acceso. Antes de que los guardias de la superficie lo notaran, dio un salto y se incorporó a la estación.

Al pie de las escaleras encontró a un grupo de adolescentes reunidos alrededor de un cajón, bebiendo cervezas y fumando cigarrillos. La plaza que seguía estaba repleta de puestos de comida, tiendas de ropa y accesorios de decoración. Era un mercado ilegal, de productores pequeños que escapaban de la mano policial de las calles. Las lucecitas colgantes atrapadas por un techo de tubos y cañerías, junto con el denso aroma a frituras, hacía que Zyra se sintiera de buen humor. Cualquiera que bajase, no se atrevería a ir más allá.

Cruzó por una cortina. El corredor frío olía a cigarrillo.

Al otro lado, otro par de guardias la detuvieron.

– Eh, Chira – la saludó uno de ellos. Era calvo y estaba maquillado. – A ver, mirame.

La tomó con delicadeza por el mentón y la examinó. Zyra intentó mantener la respiración, pero fue invadida por la ansiedad.

– Ya, soltame Bombita.

– ¿Estás puesta, verdad?

El otro guardia se cruzó de brazos.

–No – se defendió ella. –Ya no.

– Olés a mierda. – Se quejó Bombita.

– Todo aquí huele a mierda.

– Ja, ja, a mí no me engañás. Te colaste por las alcantarillas.

– Soy una justiciera.

– Hace falta más para ser una justiciera – gritó alguien desde arriba.

Había una mujer sentada en el borde de una plataforma.

Sobre su regazo afilaba una katana plateada.

– Kira Mara – saludó Zyra con admiración. – N-no puedo creer que estés acá.

La mujer sonrió, sin dejar de trabajar.

– Chira – volvió a captar su atención Bombita–. ¿A qué viniste hoy? Es raro verte por acá tan temprano.

Zyra ya había entrado en el recinto. El hombre calvo dejó su posición para caminar con ella.

– Vine para hablar con Rodregic.

– ¿Por? ¿Está pasando algo?

La plaza principal era una estación antigua. De unos 30 metros de largo y 15 de ancho, carpas y puestos de madera poblaban y proyectaban sombras aún más profundas. Las bombillas de luz eran débiles, iluminando los estrechos pasillos por los cuales transitaban los vigilantes.

– Escuché que iba a ver una reunión entre los veteranos. Quiero saber de qué se trata.

– Des sí. Además de Kira, El Silbido y Filomoris vinieron. Zyra mostró una amplia sonrisa y aceleró el ritmo.

– Esperá, esperá – la detuvo Bombita. – No es una reunión de fans. Habrá una asamblea. Todos los maestros de Jaiva estarán.

– Algo se está cocinando – elucubró ella con tono detectivesco.

– Y no deberías meterte.

– Soy Aratas, Bombita.

Un grupo de murciélagos volaron por el túnel de las vías cuando dos perros se pusieron a cazar ratas.

– Ya, y yo soy la presidenta de Marsenia. Tengo que volver a mi puesto. Cuidate, Chira, por favor.

Al final de la plaza se detuvo ante una carpa blanca. La cortina llevaba tejida un escudo azul, y una espada cruzando

con un martillo. La corriente proveniente de los túneles la hacía flamear con parsimonia.

Hizo sonar una campanita colgante.

– Adelante – sonó una voz grave y masculina.

Zyra corrió la cortina y dio un paso adentro.

Rodregic estaba de espaldas a la entrada, inclinado sobre una mesa de madera. Sobre ella había un montón de papeles, una notebook y una pistola 9 mm. Pero todo ello había sido apartado para dar lugar a un cofre del tamaño de una cabeza. La tapaba con su cuerpo, pero Rodregic parecía prestarle toda su atención.

Zyra se quedó de pie en la entrada, junto a un maniquí de goma, que usaban para pruebas.

– ¿Conseguiste la llave? – preguntó Rodregic.

– ¿Qué llave?

El hombre miró por sobre su hombro y soltó un suspiro.

- Ahg, lo siento, Zyra. Te confundí con otra persona. – Regresó a lo suyo. – ¿Qué necesitas?

– Como necesitar, necesito un traje.

– Hablá con Rebeca.

Zyra se frotó las mangas del buzo.

– ¿No vas a preguntarme qué le pasó al viejo?

El hombre se irguió, lanzó un resoplido y tapó el cofre con una tela.

– Si necesitas otro, es porque el anterior lo rompiste. ¿Qué más importa?

Se acercó a una alacena, tomó una botella de vino y se sirvió un vaso.

Zyra se acercó a la mesa. – ¿Qué es eso?

– No seas atrevida

Zyra retrocedió, hizo como si daba la vuelta.

– Por cierto – señaló–, ¿puedo ir con vosotros esta noche?

Por primera vez desde que llegó, Rodregic la miró a la cara. Su expresión era dura, de estructura dominante. Su barba perfectamente cuidada y la cicatriz en su ceja lo hacían hermoso pero severo.

– Niña – la llamó con tono paternal. Zyra odiaba ese tono. – Decime que necesitas, con claridad, y vete.

– Rodregic, perdón – se apresuró a disculparse. – Yo... Sólo...

Fue a sentarse en una de las dos sillas que había en la carpa.

– Estuve pensando en lo que me dijiste. Ya no quiero entrenar. Quiero ser una justiciera de verdad. Como todos. Estoy lista.

El líder de los justicieros tomó un trago, suspiró y se sentó en la otra silla, frente a ella.

– Sé que he sido egoísta. Me cuesta acatar las reglas. Es que... Bueno, tengo problemas de actitud, je, ya lo sabés.

Pero me he dado cuenta que la sociedad es como mi familia. Los he puesto en peligro, y eso está mal. Pero cambiaré, a partir de ahora.

Rodregic sacó un cigarrillo del bolsillo de su chaleco. Lo puso con tranquilidad en su boca, lo mordió, y luego lo prendió con un encendedor de laca desgastado. Le dio una profunda pitada.

– Escuchame, Zyra. Ayer me visitó un muchacho. Rubio, delgado, parecía un buen muchacho. Me dijo que era hermano tuyo. Tuvimos una agradable conversación sobre vos.

– Ese idiota – farfulló Zyra entre dientes–. ¿Qué te dijo?

– Nada que tenga que sorprenderte. – Tomó un trago de vino. – Conocí más de vos hablando media hora con él, que dos años teniéndote en mi casa. ¿Sabés cuál es el problema, niña? Nos mentiste.

– Rodregic – dijo Zyra con la garganta seca. – Si les decía la verdad jamás me hubiesen aceptado.

– Des claro que no.

– ¿Y por qué no? Estoy tan harta de las injusticias como ustedes. Quiero actuar, esta es mi ciudad, mi país.

– Tenés 17 años. Una madre. Vas a la escuela.

– ¿Y qué?

– Tu rol es vivir, niña. Es por vos y tu generación que hacemos lo que hacemos. Eso es lo que no entendés. Creés que los justicieros actuamos para dar palizas y actuar con heroísmo. Nuestra lucha es para el futuro. Es proyectar y planificar. No hacer la guerra al estilo punk.

– ¿Y qué hago mientras tanto? Me quedo de brazos cruzados, viendo como nos matan, nos secuestran, como cagan a palos a cualquiera en la calle... Rodregic, yo no soy una adolescente cualquiera.

– Claro que no, Zyra. Y por eso es importante cuidarte.

– ¡Puedo cuidarme sola!

Rodregic se tiró el pelo para atrás. Le llegaba hasta la nuca.

– No entendéis... Yo puedo hacer cosas que nadie más puede. Aratas no es una pantalla, Rodregic. Ojalá pudiera mostrarles lo que he visto. Lo que soy... L-lo que creo que soy...

Él se levantó y dejó el vaso vacío en la mesa.

– Soy una almeisán – confesó ella, sin levantar mucho la voz. – La hija de un dios. O eso creo.

Rodregic la miró.

– ¿Eso es lo que sentís cuando vas puesta?

Los ojos de Zyra se pusieron vidriosos. Apretó los puños de rabia.

– Tu hermano también me habló de eso.

– ¡Malditos hipócritas si negáis que ninguno de ustedes lo hace!

– Son dos cosas diferentes: consumir y ser una adicta.

– Vete al carajo.

– No quiero volver a verte por acá. Y hablo en serio.

Ella se incorporó, amasó en su boca un bólido de saliva y le escupió a los pies antes de irse.

Fue a la tienda de Rebeca, en la siguiente estación.

Mientras caminaba por el túnel, iluminado por una red de bombillas de sulfuro, chequeó su celular. Tenía varias llamadas perdidas de Reminis. Leyó un mensaje posterior que decía “Zy, te necesito. Una amiga ha muerto. ¿Nos podemos ver?”

Al llamarla, no respondió.

– Rebeca – la saludó en su tienda de ropa.

– Ya me dijeron lo de tu traje – respondió aquella–. Y..., hoy debe ser tu día de suerte, porque ya tengo algo para vos.

Se agachó y levantó una caja.

– Esto era de una vieja justiciera. Su temática era de diablo. Y conociéndote, creo que te va a ir a la perfección. Es elástica, no te preocupes por el talle.

– Gracias, Rebeca. – Contestó Zyra, con tristeza. Seguro era sólo un disfraz.

– Vení, te enseño como se usa.

Se vio en el espejo con el traje puesto. Era una malla de una pieza, de mangas largas, de color rojo carmesí. Encima tenía un pantalón ligero y abultado, sujeto con un cinturón donde podían sostenerse varios artilugios. Tanto en las manos como en las pantorrillas iban almohadillas de protección, y alrededor de un cuello descubierto Rebeca le dijo que se envolviera un largo y sedoso pañuelo salmón que caía hasta sus muslos. Lo que más le agradó a Zyra era la máscara, que le encajaba perfectamente en la cabeza, y le cubría hasta la nariz. Su pelo voluminoso era libre por detrás.

– Es raro que me quede tan bien la máscara. – expresó sorprendida.

Rebeca lanzó una risilla inocente.

– La modifiqué con tu molde. Pero, vamos, el traje te queda de maravilla. Denota habilidad y sigilo pero sin perder belleza y feminidad.

– Esto es... Está genial. Lástima que no me acepten.

– Sé qué es duro, Zy, pero en cualquier caso, podés entrenar hasta que Rodregic cambie de opinión.

Zyra examinó sus manos.

– ¿Puedo hacerte una pregunta? – habló la modista tras una pausa.

– ¿Por qué Aratas? Me refiero, ¿por qué un avatar masculino?

Zyra la observó a través del espejo.

– No quiero ser sexualizada. Darles el lujo de que me vean el culo antes de patearles el suyo.

– Pero – se extrañó la otra–. Yo lo veo más bien al contrario. Tenemos que demostrar que una mujer puede ser sexy y fuerte a la vez. Poder usar ropa apretada, enseñar los pezones, dar a conocer nuestro encanto... y hacerlo respetar. Es más, y no quiero ofenderte con esto, pero ¿acaso no estaría siendo algo machista encarnando un personaje masculino para impartir justicia?

– Sí, puede que tengas razón – reflexionó Zyra–. Sin embargo, disfrutaría el momento en que me quitara la máscara y vean cómo descubren que una mujer les rompió los dientes.

Le llegó un mensaje a Rebeca. Su expresión cambió en un santiamén.

– ¿Qué pasa?

– Nada. Es... – Dubitó unos instantes. – Esta mañana hubo una pelea, entre algunos de los nuestros y una secta. Creo que se llamaba... Esmer...

– ¿Esmer'katet?

– ¡Sí, eso mismo! Trajeron ese cofre que tiene Rodregic en su carpa. Pensaron que tendría oro o algo así. Rodregic se encabritó, porque no nos interesa hurtar, sabés... Sin embargo, todos están como locos intentando abrirla. Yo misma la vi y... es siniestra.

– ¿Es negra, con grabados?

Rebeca se extrañó.

– Sí...

– Y no la pueden abrir, ¿cierto?

– No tienen la llave – respondió Rebeca, cada vez bajando aún más la voz. – ¿Cómo lo sabés?

Zyra salió de su tienda.

– Debo advertirle ya.

– ¡Zyra! – se escandalizó la modista. – ¿Qué sabés de ese cofre?

– No es un cofre... Es el contenedor de un mal muy terrible.

– ¿Cómo?

– Es el sello contenedor de Esker'lamet...

REMINIS

Despertó al escuchar un estruendo, como un portazo.

Lo primero que vio fue un charco de agua, que reflejaba un foco solitario, colgado a unos metros del techo. También veía sus tetas, blancuzcas y medio moradas por el frío.

Levantó la cabeza. Le dolía la nuca.

– ¿Qué dem...? – balbuceó, ronca. En un solo instante recuperó el terror que había sentido antes de desmayarse.

Estaba atada de manos a un caño por encima de su cabeza, y aunque no estaba tan alto, sus brazos habían perdido fuerza y colgaba de él. Detrás suyo había un pilar, sobre el cual llevaba apoyada la espalda lo suficiente para perder la sensibilidad. Sentía también su trasero. Sus pies apenas estaban apoyados en un ladrillo. Estaba en un depósito industrial, con el suelo de cemento resquebrajado, lleno de agujeros donde se acumulaba el agua de la lluvia. Las vigas del techo eran viejas, y las ventanas estaban rotas. Pero de todo el ambiente, lo que más le preocupaba era que estaba completamente desnuda.

– ¡Auxilio! – gritó, con todas sus fuerzas.

Hubo un movimiento, detrás de las puertas del lugar.

Intentó alzar la cabeza, para ver el nudo en sus muñecas, pero por la posición le fue imposible.

– ¡Alguien que me ayude!

Se abrieron las puertas y el corazón de Reminis dio un vuelco al ver a dos siluetas envueltas en la oscuridad.

– Vení acá Hernán. – La voz le era familiar.

Eran los hijos del katupyry.

El adolescente de anteojos, aquel que tenía la cara de un sapo, se quedó boquiabierto al verla. La observó sin delicadeza alguna. Sus ojos se centraron en su pecho y su entrepierna. Una expresión entre la perplejidad casi religiosa invadió el feo rostro del chico.

El otro se acercó más, sonriendo. Se cruzó de brazos, abrió las piernas, y la examinó.

Reminis sintió tanto miedo que ni una palabra le salió de la boca. Estaba expectante a sus movimientos, a sus expresiones.

Tomás se llevó una mano a la boca.

– Ahg, por Dios – se quejó. A continuación se rió. – Esto es un asco.

Miró a su hermano y lo empujó.

– ¿Qué te pasa? No me digas que te gusta.

Hernán vaciló, aún en shock.

– ¡No ves eso! – le gritó. – Esa cosa horrible que le cuelga en las piernas. ¡No ves lo que es!

– Pero tiene el pelo largo, y tetas. Y su cuerpo...

Tomás agarró al pequeño por el cuello, lo trajo para sí y se acercaron. Hernán intentó resistirse pero su hermano era más fuerte.

– Fijate bien – le dijo, señalando a una Reminis que temblaba–. Mirá sus hombros. Sus costillas.

– ¿Es un hombre?

– ¡Es un hombre! – declaró el otro.

Miró a Reminis y la señaló desde muy cerca.

– Por favor, no me lastimes... Quiero irme. Por favor...

– Vos sos un hombre.

Reminis corrió la vista. Sus lágrimas se derramaron por sus mejillas, se sintieron dolorosas. Calientes y dolorosas.

– Los tuyos envenenan a mi hermano. ¡Mirame!

Le agarró la cara.

– ¡No me toques! – replicó Reminis con el mismo grito.

Tomás retrocedió, sorprendido.

– Hernán, traeme una silla – ordenó.

El chico fue a buscar una silla a la otra sala.

– Por favor... ¿Por qué me hacen esto?

– ¿Querés saber por qué?

Hernán trajo la silla. Su hermano la tomó con violencia y la plantó delante de Reminis, a unos dos metros.

– Sentate Hernán.

– ¿Qué?

– Que te sientes.

Hernán se sentó y su hermano puso una mano en su hombro. Sentado, quedaba a la altura de los genitales de Reminis, y eso la hizo sentirse aún más vulnerable.

– Esto – le dijo señalándole la entrepierna – no miente, hermanito. Todo eso otro es cirugía. Plástico. Láser. Cremas. Pero eso dice la verdad.

– ¡Dejadme en paz! – suplicó Reminis.

– Callate Trava. – Apretó aún más a su hermano. – No te dejes engañar. ¿Vos sos puto Hernán?

El chico sacudió la cabeza.

– Entonces no podés estar con él.

– Ella – corrigió apretando los dientes Reminis.

– Él – repitió Tomás, aún más alto.

El celular de Tomás empezó a vibrar. Lo sacó del bolsillo y se fue a la otra habitación para atender la llamada.

– Por favor – murmuró Reminis al otro chico –, ayudame. ¿Qué hice mal? Tengo que volver al hotel. Prometo no decir nada.

Hernán se veía notoriamente asustado. Le miró el pene, y luego, se levantó. Reminis calmó su llanto, ansiosa por liberarse. Pero las manos de Hernán se cerraron sobre sus tetas.

– ¡No! ¿Qué hacés?

Las masajeó, hipnotizado.

– ¿Qué carajo hacés? – interrumpió su hermano, que acababa de volver.

Hernán retrocedió, vaciló y luego, sin anticipo, le dio un puñetazo en la cara. El dolor estrelló la mente de Reminis, el sabor metálico de la sangre inundó su boca.

– ¡Ves lo que hacés!

Tomás levantó un palo del suelo. Lo agitó y la golpeó en las piernas.

Reminis lanzó un alarido.

– Confesá que sos un hombre.

– ¿Qué? – gemía confundida Reminis.

Le pegó de nuevo.

– ¡Basta!

– Confesá que sos hombre.

Le golpeó en las costillas. El dolor fue sórdido y agudo.

– Dale.

– Por favor...

Un nuevo azote.

Soltó el palo y sacó una navaja del bolsillo. La puso debajo de su seno izquierdo.

– Te voy a abrir y te voy a sacar toda la silicona, pedazo de puta.

– Por favor... No lo hagas. Hago-hago lo que quieras.

– Decí que sos hombre.

Reminis sintió que en su garganta se cernía una serpiente.

– Soy hombre – gimió.

– No te escucho.

– Soy hombre – gimió, repleta de dolor.

– Más fuerte. – Apoyó el filo sobre la piel.

– ¡Soy hombre! – espetó Reminis.

Tomás retrocedió, sonriendo.

– ¿La escuchaste?

– Pero dijiste ‘la’ – destacó su hermano.

Eso volvió a encender la furia de Tomás.

–No, no, no – se agitó Reminis en sus ataduras.

Se acercó con la navaja de nuevo. Acercó mucho su cara a la suya. Ella movió la cara, asustada.

Tomás retrocedió y sacó el celular del bolsillo de su pantalón.

– ¿Qué haces, Tomi? Deberíamos irnos ya. Están afuera esperándonos.

– Vamos a hacer que todo el mundo conozca lo que es en realidad.

Reminis abrió los ojos y se encontró con un celular que la estaba filmando.

– Todo internet te ve ahora. Esto... – se escuchaba agitado.

– Esto es Reminis Van Derhart. ¡Un trava! ¡Mírenlo!

Reminis cerró los ojos para no ver. Ocultó la cabeza entre su pelo y rezó para despertar. Todo eso tenía que ser una pesadilla.

– Quiero despertar – murmuró para sí. – Ya, despertá Reminis.

Tomás se acercó con la cámara, filmando más de cerca. Sus genitales, su cara sangrando, su fragilidad, su humillación. Hablaba como si enseñara a un monstruo, un espécimen antinatural, una degeneración, un experimento aberrante de laboratorio.

– Porque eso es lo que sos. Un mamarracho, una cosa que no debe existir. Un monstruo. ¡Sos horrible y nadie pagaría ni dos pesos por vos! ¡Das asco! ¡Asco!

Tenía que ser una pesadilla. Porque eso, precisamente eso, lo que tantas noches, encerrada en el baño, vomitando, estrangulándose de rabia, gritando de dolor, derrumbada en la cama, emborrachándose, era lo que imaginaba, lo que más temía pasaría algún día. Era la respuesta del mundo que más temía. Y ahora estaba gestándose de verdad.

Pero quizás también por ello, recordarlo activó un interruptor en ella, y su vergüenza desapareció, por unos momentos, y su dolor y su miedo se amasaron en una seguridad terrible, en resignación, en aceptar que aun siendo un monstruo, una abominación, no era culpa suya;

en todo caso, era culpa de la naturaleza por haberla hecho así.

Levantó la cabeza y miró a su agresor. Recordó un poema.

– “Me odias porque me deseas,
me deseas porque me envidias,
me envidias porque me temes,
me temes, porque soy valiente
y tú no.”

El joven terminó el video y guardó el celular.

– ¿Qué dijiste?

– ¡Que te vayas al infierno!

La agarró del cuello.

– Voy a matarte, hija de puta.

Su hermano lo agarró por la camisa y tiró de él.

– ¡Tomi! ¡Ya es suficiente!

– ¿Querés ser mujer? Bueno, entonces esto no lo necesitás.

Apuntó su navaja hacia su pene.

– ¡TOMI! – le gritó con voz cantarina su hermano. –
¡Tenemos que irnos ahora!

Él lo miró.

– ¡Papá está llamando! ¡Algo pasa! ¡Tenemos que ayudarlo!

Se apartaron de Reminis cuando un tercer hombre llegó a la sala.

– ¿Qué pasa?

– Los justicieros y la policía. Tenéis que iros ahora.

Tomás escupió al suelo. Se acomodó el cuello de la camisa.

– ¿Se encargan de esto?

El hombre miró a Reminis y asintió.

– Pero encarguense de dejarla bien destruida. Bien sucia. –

Hubo un silencio. Su expresión se llenó de furia. – Que nadie lo reconozca al traba éste.

Se fueron los hermanos. El hombre que quedó en su lugar se acercó con una bolsa en las manos. Antes de que Reminis pudiera hablar, se la puso en la cabeza.

CAPÍTULO 5 ‡

ZYRA

Esker'lamet, La Sangre Envenenada, La creación bastarda de los dioses antiguos, La que se alimenta del mal, Lilith, La reina del Inframundo, El ángel de la muerte, Los ojos de la venganza. Eran algunos de sus nombres.

Ya había una gran disputa religiosa entre el sector católico y el elisenismo deroté desde el siglo XX, como para agregar tras la pandemia un politeísmo efervescente de sectas fanáticas que adoraban a uno de los diez dioses elisenistas, los cuales, según sus respectivos declamadores, era el más poderoso y legítimo del mundo conocido.

Pero desde hacía al menos una década, la Esmer'katet, el culto a Hoferos -dios de la guerra- había resquebrajado la tolerancia religiosa cuando sus rituales se orientaron a las prácticas de invocación y control de los demonios. Los límites se fueron corriendo cada vez más, sus sacrificios llegaron a abarcar a seres humanos, y desde entonces

comenzaron a ser vistos como sectarios homicidas. El misticismo alrededor de ellos creció tanto que, fuera o no cierto la presencia de Hoferos en su trabajo, ganaron tal poder que se convirtieron en una de las influencias del poder en la política jaivense.

Zyra había iniciado sus días de justiciera luchando contra la Esmer'katet. Sus errores de novata y su osadía le hubiesen costado la vida, de no ser porque éstos, en vez de atacarla, la alabaron.

– ¿Por qué? – Rodregic estaba de brazos cruzados detrás del escritorio. Alrededor suyo estaban los demás líderes: Roma Stevis, veterano de guerra, Cassimiro Gonzalez, entrenador de iniciados y Julia la Brava, el cerebro de la sociedad justiciera. Desde un costado, apoyados sobre la tarima del escenario, Filomoris, Kira Mara y El Silbido escuchaban sin dar mucha importancia al asunto. No llevaban ni 24 horas en la ciudad que ya habían tenido varias impresiones de Zyra Crosborten y ninguna se alejaba de la de una adolescente entrometida y mentirosa.

Zyra había viajado desde la sede central hasta Lyriatiz, en la costa. El evento anual de los iniciados se daba todos los 9 de junio en la torre mayor. Estaban a una hora de comenzar con las presentaciones cuando la representante de Aratas

irrumpió en pleno escenario, urgiendo hablar con Rodregic acerca del cofre que habían encontrado.

Ella no escamitó en dar la versión de los hechos tal y como los había vivido. Pero aunque estaba hablando con personas que usaban disfraces y nombres ficticios, sus afirmaciones no rompieron la incredulidad de nadie.

– Yo soy la hija de Hoferos, el dios de la guerra – respondió Zyra a la pregunta de Rodregic. – La esmer’katet me lo enseñó. Yo tampoco me lo creía, pero conforme fui creciendo se hizo más evidente para mí.

Ninguno respondió. Era evidente que nadie se tragaba el cuento.

– ¿Y qué tiene que ver eso con el cofre? – le preguntó, irritada, Julia la Brava.

– Así como nosotros nos organizamos con avatares para combatir en Jaiva, la Esmer’katet piensa usar un demonio para tener su propio justiciero. Querían que yo fuera la portadora de Esker’lamet, para unir dos reinos: el de un dios y el del infierno. – Zyra se dirigió hacia Rodregic. – Por supuesto me negué y me alejé de esos maniáticos. He visto lo que podría suceder si Esker’lamet se libera. Por eso dejaron el cofre. Espera que alguno de nosotros lo abra, y sea seducido por el demonio. ¿Dónde está el cofre?

El líder echó la espalda sobre el respaldo de la silla y se frotó la cara con las manos, en un gesto de exasperación.

– ¿Es una especie de broma? – Roma Stevis se mostró confuso. – ¿Quién demonios es esta chiquilla?

– Se llama Zyra – explicó Rodregic de malhumor. – Es de mi grupo. Tiene por costumbre hacer bromas, pero dudo que ésta sea una de ellas.

Zyra asintió.

– Parece que ahora directamente se le ha ido la cabeza. – Se prendió un cigarrillo. – Por favor, Zy, tenemos un trabajo importante acá.

– ¡Rodregic! – se exaltó Zyra. – Estoy hablando en serio.

– Vamos, niña – carraspeó Cassimiro. – ¿No esperáis que te creamos, o sí? ¿Dios de la guerra? ¿Demonios? La Esmer'katet son sólo un montón de desquiciados a los que la pandemia les vació la cordura. Nos encargaremos de ellos cuando el katupyry caiga y los musulmanes se vayan de este país.

– Por favor, tenéis que creerme.

En ese momento El Silbido, un hombre macizo con un parche en el ojo, hizo lo que más le gustaba hacer. Silbar.

– Si lo que dices es cierto – intervino– eres tú la que representas el mayor peligro.

– ¿A qué te referís? – investigó Rodregic.

– Si la esmer'katet la sigue, entonces es cuestión de tiempo para que encuentren vuestra guarida. Vuestros escondites, estrategias y movimientos serían descubiertos.

– O puede que sea una espía – agregó Filomoris.

Zyra vaciló.

– ¿Zyra? ¿Entonces, sos una espía infiltrada de la esmer'katet o una joven con ganas de molestar con cuentos fantasiosos?

Miró a su líder con frustración.

– Rodregic...

Sonó la campana de la torre y los presentes comenzaron a levantarse de sus asientos para ir al frente del escenario. Había una multitud de personas aglutinadas en la sala principal del edificio. Cuando solo quedaron Filomoris y Zyra detrás de las tarimas, el famoso justiciero sonrió.

– El cofre necesita una llave para abrirse.

Zyra levantó la cabeza.

– Yo la conozco.

– ¿La conocés?

– Es una palabra, en el idioma prohibido del Necronomicon.

El hombre, esbelto y relajado, inclinó la cabeza para mirarla dentro de su máscara veneciana. Dio un salto de la tarima. Su levita sacudió el polvo. Tenía un estilo victoriano, con

accesorios que recordaban a los asesinos del imperio elisenista. Zyra se preguntó qué clase de habilidades tendría.

– No debe preocuparte que la abran. Aunque... Una puerta tiene dos movimientos. Una para entrar. Otra para salir.

Zyra abrió los brazos, nerviosa.

– ¡Eso es lo que iba a decirles! – gritó.

Filomoris se acercó.

– ¿Y cuál es la otra forma de abrirla? – habló en voz baja. – Tal vez... Se abre con un simple movimiento, obedeciendo a un primer portador. Y es tan, tan atractivo su interior dorado e ilimitado, que todo el mundo querrá tomar los tesoros que resguarda. Pero una vez un tesoro sale, otro debe entrar.

El acto había comenzado del otro lado del escenario. La voz de Cassimiro se escuchó por un micrófono.

– ¿Dónde está?

Filomoris encaró sus pasos hacia el frente del escenario. Zyra lo siguió.

Vio que arriba del escenario Cassimiro respondía preguntas de los iniciados, les daba indicaciones y conversaban de cosas que, debido a un zumbido de origen desconocido, ella no era capaz de interpretar. Detrás de él, Rodregic, Julia La Brava y Roma Stevis parecían sorprendidos, agazapados

alrededor de algo que acababa de caerse de la mesa. Zyra miró a Filomoris, en signo de interrogación, pero éste sólo sonrió.

Se abrió paso entre la multitud, mientras su corazón se aceleraba, la tensión aumentaba, esforzándose por confirmar o rechazar lo que permanecía vedado a sus ojos. Se detuvo a los pies del escenario, cuando un hombre de seguridad la detuvo.

– Esperad a que te llamen, recluta.

Zyra retrocedió un paso. Cassimiro dijo algo que hizo enardecer a la multitud. Vitorearon y lanzaron espuma al aire. Pero entonces Julia La Brava se incorporó, con una copa de oro macizo en la mano. Tenía incrustaciones de perfectos rubíes y había un aire resplandeciente de seducción en su brillo. La forma en que la veterana miraba aquella pieza le estremeció el alma.

Rodregic también se incorporó, con una corona, y el encanto en su mirada fue más fuerte aún. Detrás de ellos, se vislumbraba el cofre. Negro y robusto, casi indistinguible de las sombras que lo rodeaban, cuyas producciones eran ignotas y malvadas.

– ¡No! – espetó Zyra. – ¡Alejense del cofre!

Cassimiro entonces levantó una medalla en lo alto.

– A partir de hoy – exclamó– La Sociedad de la Justicia tendrá el poder cambiar de una buena vez las cosas. ¡Después de 200 años de injusticias, nuestra nación será verdaderamente libre!

Nadie parecía percatarse de que la medalla estaba empapada de sangre, que goteaba y caía en la frente del entrenador.

– ¡Está maldito! ¡Todo eso está maldito!

Las advertencias de la joven parecían no ser atendidas por nadie. Roma Stevis levantó un puñado de monedas y comenzó a repartirlas al público. Incluso dos súcubos, que salieron del cofre mismo, se lanzaron sobre los iniciados. Hubo gritos de placer y euforia.

– ¿Están completamente locos?

La empujaron y la expulsaron de la multitud. Zyra aprovechó para subirse por un costado. Saltó sobre el cofre, empujando a Roma Stevis y a Rodregic.

– Hay que destruirlo – farfulló, sujetándolo bien fuerte.

Julia La Brava se lo quiso arrebar, pero Zyra se escabulló y saltó del escenario. Echó a correr, eludiendo al control de seguridad. Escuchó maldiciones y golpes detrás. Salió de la torre con los justicieros pisándole los talones. Casi tropezó, pero siguió enderezada por las rocas de la isla. A su derecha

y a su izquierda, estaban las otras dos torres, la Media y la Menor.

Escuchó disparos y otros proyectiles que estallaron cerca suyo. Aun ante el enojo y los gritos de sus jefes, continuó, en dirección a la playa, para deshacerse del objeto maldito antes de que se lo quitasen otra vez. Al llegar a un muelle de rocas, se detuvo. Se acomodó y lanzó el cofre a las aguas.

– ¿Qué has hecho? – le gritó, encabritado Rodregic.

– ¡Tenía que ser destruido!

– ¡Sos una estúpida!

– ¡No tenéis idea de lo que era eso! ¡Os he salvado la vida!

Los justicieros se amontonaron frente a ella, rabiosos. Parecían dispuestos a asesinarla por tal sacrilegio. Pero pronto la muchedumbre pasó a ser una columna difusa de cenizas, y los pies de Zyra se empaparon de agua. Un trueno sonó a sus espaldas, y cuando las llamadas más allá del mar avanzaron en su mente, ella se dio cuenta de que aquel lugar no era el cual creía.

– Esto... Esto es un sueño– se dijo a sí misma. Volteó violentamente hacia Filomoris, que estaba a unos metros de ella, riendo y mascando maní. – ¿Es un sueño, verdad?

– Tú dime, hija de Hoferos – bromeó él.

Las olas golpearon la costa, cada vez con más frecuencia. Se volvieron fieras y alcanzaron a la muchedumbre, que fue

barrida y absorbida por el mar. En el cielo, unas nubes negras descendieron entre las grises, y los rayos violáceos zizaguearon como venas envenenadas, cargadas de cólera. Un viento con aroma a caries y a muerte arrastró los árboles y rompió los cristales de las torres, y cuando Zyra retrocedió a un lugar más alto, una gigantesca trompa de elefante plagada de ventosas, emergió de las aguas, junto con dos colmillos desgastados que invadieron y rasgaron el grupo de nubes. El mar se combó, se elevó 30 metros antes de romperse ante el ascenso de una criatura titánica, malévola y animalesca. La cabeza era humanoide, pero en sus ojos rojos rutilaba el hambre de poder, la severidad y la astucia. Había largas trenzas que sonaron como cadenas detrás de su cabeza. Su cuerpo oscuro hizo más oscuro al cielo, y cuando posó su mirada sobre Zyra, la isla ardió en llamas.

– ¡No me traicionarás! – sonó una voz difícil de aprehender. Una voz gigante pero clara, una diplofonía penetrante, grave pero leve como el viento.

– No lo haré – respondió Zyra, pero su voz se perdía en un tornado que giraba a su alrededor. Tragaba el agua, el polvo, la sangre y el fuego.

– ¡Esker'lamet debe ser tuya o no será de nadie!

– Pero el demonio debe ser destruido, nadie puede dominarlo y puede envenenar tu reino!

La deidad acercó su cabeza. El campo visual de Zyra fue ocupado entero por él.

– ¿Acaso dudas de mi poder?

– No... Dudo del mío.

– Eres Aratas, hija de Hoferos, almeisán de la guerra, heredera de Bosno, ¡Esker’lamet es mi regalo! ¡Aceptalo!

La voz se convirtió en bramido y la tierra fue sacudida por una onda expansiva. Zyra pudo liberarse de la llamada y lanzó un grito, apretando los puños, intentando liberarse del control. Cuando la onda expansiva la alcanzó, sintió un sacudón hacia el vacío.

CAPÍTULO 6 ₡

ZYRA

Despertó en plena caída. Masculló una maldición al chocar con la alfombra. Sentía que había sido arrollada por una montaña.

Había caído de la litera. Estaba en el campamento de los justicieros. Habitaba un gran silencio en la guarida.

Corrió la cortina del dormitorio y echó una mirada a los corredores. No había nadie, excepto Filomoris, sentado sobre algo en medio del mercado principal.

– ¡Buenas noches princesa! – Debajo de la máscara, que cubría toda su cara, excepto la boca y la cuenca de los ojos, se dibujaba una siniestra sonrisa.

Su traje era color vino, tenía unos pantalones muy ajustados y unas botas decoradas con flores doradas. Debajo de la levita se podía vislumbrar un chaleco con el mismo motivo floral. Fumaba de una pipa, cruzado de piernas. Bajo el sombrero galante se veía una piel pálida, casi azul.

Zyra se acercó con cautela.

– Lindo equipo... Aratas.

La forma en que arrastró las palabras al mencionar su avatar la hizo irritar. Su forma de hablar la irritaba.

– ¿Dónde están todos?

Aún llevaba puesto el traje que le dio Rebeca. Pero no recordaba nada de lo que había sucedido después.

– En la inauguración – respondió el justiciero—. En las torres de Lyriatiz. Pero ya lo sabéis, Zy.

Ella se estremeció.

– Ese sueño... ¿fue un sueño verdad?

– ¿Qué sueño? – se desentendió él, borrando su sonrisa.

Unos instantes después, echó una breve carcajada.

– Sí.

Zyra avanzó unos pasos. No solía pensar que hubiera justiciero alguno que fuera rival, aunque ella nunca hubiera peleado con uno. Pero ése despertaba en ella el temor.

– ¿Quién sos?

– Ya sabéis eso.

– ¿Él te envía? Dejá de dar rodeos. ¡No sabés lo que está en juego!

– Sé lo que está en juego. Creo, je, je.

– ¿Sos policía? ¿De la Esmer'katet? ¡Hablad!

– ¿Tengo pinta de ser policía? Wow... – Sus palabras eran acompañadas por ademanes excéntricos. – Yo no tengo dueño, princesa. La Esmer'katet, la policía, los Justicieros, son todas piezas de ajedrez. Baff, eso es demasiado. Son más bien, juguetitos revolviéndose dentro de una caja. Yo soy un agente independiente.

– Vos no sos Filomoris – interrumpió Zyra. – Sólo usás su traje. Un imitador.

El justiciero la escrutó con astucia.

– Me pregunto cuánto tiempo Aratas seguirá siendo el mismo.

– No te hagas el tonto. ¡Sabés bien lo que estoy diciendo! ¿Rodregic lo sabe?

– Rodregic sabe lo que quiere saber. Pero es que yo no soy nadie, princesa. ¿Quieres ver mi rostro? ¿Saber mi fecha de nacimiento? ¿De qué se me acusa?

– He pasado mi vida lidiando con agentes de Hoferos.

– Querrás decir fanáticos. Te repito, mi estimada, yo no soy partidario de nadie. Soy un hombre con sus propios principios.

Zyra se cruzó de brazos.

– ¿Y qué dicen tus principios?

Filomoris abrió las piernas y apoyó sus codos sobre ellas, inclinándose hacia delante.

- Que si no cuidas el cofre, alguien más se hará con él.
- El cofre no debe ser cuidado. Debe ser destruido.
- El justiciero cerró los ojos, sesgó la sonrisa.
- No puede ser destruido. ¿No has comprendido nada?
- Vaya que gasté energías en ese sueño...
- Una correntada del subterráneo sacudió las tiras del pañuelo del traje de Zyra.
- Mentís.
- Filomoris se puso de pie, le quitaba una cabeza a Zyra, y se dirigió hacia la cornisa de las vías. La cola de la levita bamboleó con el viento.
- Ahh – inspiró –, qué olor particular.
- Zyra se había quedado clavada en el lugar. Lo que el otro había usado de asiento era el cofre negro. Se acercó al objeto cuidadosamente.
- Puede sentirse su atracción, su maldad.
- Maldad – repitió Filomoris. – Oh, princesa. Tenéis mucho que aprender. ¿Sabías que una de mis habilidades destacables es la de soñar los futuros?
- Zyra se puso en cuclillas delante del cofre. Se aseguró de que estuviera bien cerrado.
- ¿Queréis saber cual es el que he visto hoy? – Volteó hacia ella. – ¿Queréis saber qué pasará si no te llevas ese cofre?

Zyra se sentía frustrada. Había un amargor en su mente, una incomodidad que crecía y no podía evitar. Quería exclamar que ese hombre era un farsante y altanero, pero de alguna manera el sueño que había tenido dejó en ella una enorme presión. La visión de Hoferos, de las torres, de la sociedad de los justicieros, de sí misma, no eran como sueños corrientes, o tal vez ningún sueño fuera corriente; todos cargaban una parte del pasado o del presente; una proyección de su mente. Pero éste... Éste parecía más bien una proyección del futuro.

– ¿Qué es lo que pasará? – preguntó Zyra.

Filomoris llenó sus pulmones. Cerró lentamente los ojos, y en ese momento, Zyra vio a Reminis, cubierta de sangre, perseguida por aves carroñeras, corriendo entre edificios. El mundo estaba cubierto por una neblina gris, impidiendo ver más allá de sus propios pasos. Vio a Hernán Guillet, Reminis corría directamente hacia él. Ella gritó para advertirle, pero ya era muy tarde y se la llevó. Vio un cementerio. Todos a quienes conocía estaban sepultados allí. Vio un muelle arrasado por el mar. Vio a Jaiva bajo una tormenta carmesí. Se vio a sí misma, Aratas, luchando contra monstruos, pero al final el agua del mar terminaba por arrastrarla. Vio a Reminis en el suelo, a los pies del katupyry, que era un gran ogro verde. El cofre negro estaba

a unos metros. Se abrió, y llamó a Reminis. “La única salida” le dijo. Reminis saltó a su abismo. Se vio a sí misma, luchando contra Esker’lamet en una Jaiva que estaba sumida en las cenizas, bajo un cielo sin estrellas. Zyra empuñó una pica y apuñaló al demonio en el corazón. Mientras su carne se deshacía, vio debajo de ella el cuerpo de Miranda, su prima.

– Algo no está bien – murmuró Zyra, mientras se desvanecía la fantasía.

– Tal vez – agregó el otro– quieras ver esto.

Del bolsillo de su levita sacó un celular. Reprodujo un vídeo y volteó la pantalla del móvil, para que Zyra pudiese ver. A pesar de su personalidad, el justiciero enseñó aquello con expresión de respeto.

Zyra escuchó la voz de Reminis y se apresuró a ver de más cerca.

– Oh por dios – se escapó de su boca. – ¿Qué carajo? ¡¿Fuiste vos?! Porque voy a matarte...

– Claro que no – respondió él con firmeza–. Estaba en vivo en las redes sociales.

Zyra sintió un vahído.

– No... No puede ser. Esperá. Esa voz. ¡Ese es Hernán Guillet!

– Y Tomás, el hermano mayor.

Zyra empezó a temblar. El vídeo era explícito, cruel y enteramente despiadado.

– Voy a matarlos. Juro que los mataré. ¿Dónde es eso?

– No lo sé.

Zyra agarró a Filomoris del cuello del chaleco. Era más liviano de lo que parecía.

– ¡Estás jugando conmigo!

– No... – De repente se oía como un niño. – Te lo enseño para ayudarte, maldición.

– ¡Estás poniendo ilusiones en mi cabeza! ¿Cómo sabés tanto? ¡No vas a salirte con la tuya payaso!

Lo sacudía como un saco de papas.

– Toda Jaiva debe haber visto este video. Tomás Del Valle es célebre, pero se le debe haber ido la chaveta. Ahora mismo las redes son un caos. Tu amiga está en boca de todos. Aunque nadie sabe quien es. Ayer mismo una prostituta fue asesinada. Hay rumores de que fue la mafia paraguaya. Piensa, maldición.

Zyra lo escrutó. Podía ser una adolescente y él un hombre maquiavélico, pero en ese momento ella estaba siendo empujada al límite, y lucía en realidad intimidante.

Lo soltó. Lo quedó mirando, pensaba pero no encontraba nada. La ira y la impotencia la ahogaban. El vídeo se seguía reproduciendo.

El justiciero se acomodó la ropa.

– Bien, te ayudaré. – Se aclaró la garganta. – La mujer asesinada ayer trabajaba en una conocida casa del placer. Famosa por albergar a las más... profesionales mujeres trans del mercado. La que asesinaron ayer tenía por nombre Artemisa. Era la amiga de tu amiga, la víctima de este denigrante encuentro.

– ¡La están torturando! – Zyra rayaba el aire con las uñas. – ¡Le sangra la boca... Hijos de puta... ¿Dónde mierda está la policía?!

Filomoris se alejó un poco para mantenerse fuera de peligro.

– La policía ya ha sido advertida. Pero estamos hablando de gente de la alta sociedad, princesa.

– ¡Son violadores! ¡Hernán Guillet...! – Zyra estaba acelerada. Comenzó a dar vueltas en círculos. – ¡Hernán Guillet es un maldito acosador! Y ahora... VOY A MATARLO.

Zyra hizo como si se iba, pero se detuvo.

– ¿Por qué le hicieron eso? Carajo... Si le pasa algo a Rem.

– Des, piensa Zyra.

– ¡Vete al carajo! No entiendo por qué se las agarrarían con ella. Además de ser un transfobico, son unos idiotas. Son ricos pero no van a salir impunes. En cuanto Rodregic se

entere, irán a por ellos. Yo misma iré a por ellos, en este preciso instante.

– Yo creo que tu amiga descubrió más de la cuenta.

– ¿Qué quieres decir?

– Ellas eran colegas. Artemisa y Reminis.

– Tal vez la conocía de algún lugar, pero qué tiene que ver.

Filomoris se notó sorprendido.

– ¿No lo sabías? – Hubo cierta satisfacción en la pregunta.

– ¿Qué cosa?

– Tu amiga...

– Reminis es... era mi novia, imbécil.

La expresión de Filomoris se potenció.

– Oh – lanzó. – ¿Y sabías que ella era colega de la tal Artemisa?

Zyra volteó.

– Tu ex es prostituta, me temo.

Zyra resopló. Pero no agregó palabra alguna.

El justiciero usó su celular. Luego le enseñó una foto.

A Zyra le llevó tiempo entender la imagen. Se veía a Reminis formando parte de un grupo de mujeres trans delante de un cartel que decía “Mario’s Hotel”.

Zyra se quedó pegada al celular. Tragó saliva.

– Ahora todo tiene sentido – dijo con la voz apagada. – Por eso nunca tenía tiempo para mí.

– Si te sirve de consuelo – dijo Filomoris volviendo a guardar el celular– estoy seguro de que le iba de maravilla. No hubo ironía en su tono, pero Zyra ya había perdido el control. Agarró al hombre del cuello y lo empujó contra el pilar más cercano. Luego le lanzó un puñetazo. Filomoris alcanzó a agacharse y el puño de Zyra chocó contra el concreto. La estructura tembló y varios pedazos de material se desprendieron. En el semblante enmascarado del justiciero pudo verse la admiración.

– ¡Zyra, hija de Hoferos!

– ¡No me llames así!

Volvió a levantarlo y lo apresó contra la pared.

– ¡Está bien! Está bien. Sólo cálmate.

– ¿Qué me calme? Sos idiota o estás jugando conmigo, pedazo de basura.

– Lo sé, lo sé. Estoy jugando con fuego. P-pero valía la pena correr el riesgo. – levantó las manos y dejó de poner oposición a su opresora. – Estoy intentando ayudarte. ¿Qué ganaré yo haciendo que me mates? ¿Acaso te mentí? Fíjate, te he revelado verdades. Duras, trágicas. Pero verdades, en fin.

Zyra deseaba reventarle la cara, pero sus palabras le hicieron darse cuenta de que su ira no era para él, y era en vano gastarla.

- Entonces ayudame a encontrar a Reminis. Ahora.
- Nadie sabe donde...
- ¡Mira el futuro! Demostrame que las visiones son fiables. Que no sos un puto farsante.
- ¿Necesitas más pruebas?
- Sí.
- El justiciero vaciló.
- ¡Vamos! ¡Ahora!
- Está bien.
- Cerró los ojos. Parecía recitar unas palabras con la boca.
- Ella está bien.
- ¿Dónde?
- No está claro. Está en movimiento. Pero algo muy poderoso la ha salvado.
- Eso no suena verídico.
- Es... Es... oscura y silenciosa. Un hospital. La policía. Zyra lo examinó, intentando buscar pruebas de mentira. Lo soltó y sacó su celular.
- Llamaré a Berenice. Si decís la verdad. Ella sabrá.
- Filomoris sacudió el polvo de concreto de su ropa.
- Espera, Zyra. Hay algo más urgente. Confía en mí. La chica está a salvo.
- Es lo que más me importa. No me fío de vos.

– Lo sé. Pero hay algo frente a ti que estás pasando por alto.

– Me llevaré el puto cofre – dijo de mala gana—. Después de llamar a Bere.

– No, no. No es solo el cofre. En la visión que te di, viste a alguien más además de Hernán Guillet. Recuerdalo.

Zyra apretó los labios. Estaba rabiosa, pero se concentró.

– El katupyry.

– Piensa. La prostituta se cree que fue asesinada por la mafia paraguaya. Al día siguiente, Hernán Guillet y Tomás Del Valle aparecen torturando a otra prostituta.

– ¿Y qué?

De repente lo entendió.

– ¿Estás diciendo que uno de esos es el katupyry?

– El ogro verde, princesa.

– Carajo... Tróbulos del Valle. ¡Mierda!

Corrió hacia el cofre.

– Tengo que llevarme esto ya y llamar a Berenice. Tengo que poner a salvo a Reminis antes que esos... ¡Mierda!

– ¿Ahora entiendes?

Zyra lo miró.

– ¿Por qué hacés esto? ¿Qué es lo que querés?

– Quiero mantener a salvo el cofre. Ese. Ese es mi principio, Zyra, hija de Hoferos.

Ella cargó el cofre entre sus manos y abandonó el mercado subterráneo. En ese momento se escuchaba la multitud de los justicieros llegando por el agujero de las vías. Zyra se apresuró.

REMINIS

Uno de los sicarios se nombró a sí mismo “caballero” por haberle puesto un pantalón leggings y una camisa sin botones luego de haber sido arrastrada desnuda hasta una camioneta, donde la lividez en su cuerpo les hizo darse cuenta que estaba congelándose, y a punto de perder el conocimiento.

Mientras estaban de viaje, Reminis recuperó un poco de calor y cuando le quitaron la bolsa, también la lucidez. Habían cuatro hombres en el vehículo. Había un olor acre. Se largó a llorar pensando que tal vez fuera ella. La humillación a ese punto había alcanzado un tope, y creía que ya nada más podía empeorar.

El conductor y el acompañante conversaban mientras entre todos bebían de una botella. Por un rato, ignoraron su presencia. Quizás porque la creían inconsciente. En ese rato pudo ver por la ventanilla. Los edificios industriales dieron paso a las casas pintorescas del barrio de La Hermana. Salieron a la Avenida Libertad, donde el corredor verde seguía varios kilómetros, hasta que los edificios desaparecieron y sólo quedaron las casitas familiares de los barrios del distrito oeste y las hectáreas del campo del

antiguo ejército nacional: Fuerte Marsene. Allí se detuvieron.

Todos se bajaron. Reminis se quedó sola en el vehículo. Escuchó sus voces, sus risas, pero pronto los perdió de vista. Aprovechó el momento para intentar escapar. Abrió la puerta y salió afuera.

Un brazo la agarró, Reminis se sacudió, pero no pudo librarse.

– ¿Ah sí? Uno es caballero y así tratás.

La puso contra la puerta.

– Vamos, acaba con esto y vámonos – dijo otro.

Vio que sacaban una pistola.

– Por favor... No.

– Ay – dijo una tercera voz. – Mira como suplica.

Sintió el cañón en la frente. Le habló desde muy cerca.

Hedía a alcohol.

– Suplicame – le susurró.

– Por favor – gimió Reminis.

Retiró el cañón y la hizo voltear.

Había tres de los cuatro hombres delante suyo. El que empuñaba la pistola movió la camisa con la punta de ésta, para descubrir su desnudez.

– Mirá esos pechos mamita – farfulló lascivo.

– Es hermosa – agregó otro. Tenía ojos verdes y la cabeza rala. – Sería un desperdicio tirarla a la zanja así no más.

El tercero, un hombre con aspecto de buitre, se tocó la entrepierna.

– Vamos a divertirnos che.

El cuarto hombre, el conductor, habló desde el interior del vehículo.

– Voy a mear. Tú, dame un cigarrillo. – Se acercó a los demás.

– Pueden hacerle lo que quieran, mientras después la descarten bien.

A Reminis se le erizó la nuca.

Le dieron un cigarrillo y el conductor desapareció entre los arbustos.

El caballero comenzó a manosearle las tetas. Reminis se sacudió e intentó escapar, pero la agarró el hombre pelado de ojos verdes.

– A dónde vas nena – salivó con vehemencia.

De repente sintió muchas manos encima.

– No, por favor – musitaba ella, entre el asco y el terror. Se sacudía pero ya sin fuerzas. Sabía que no había escapatoria. Era pequeña, una mosca en una red de telarañas.

Le arrancaron la camisa. Las arañas bajaron, la movieron de un lado a otro hasta ponerla contra el capó del vehículo.

Mientras uno hacía de centinela, el otro la mantenía bien aprisionada, y el otro se bajaba los pantalones.

Ella se negó a que le bajaran los suyos. Lanzó una patada, pero la mano del buitre la estranguló.

– Shh – le siseó. – Tranquila, tranquila.

Reminis temblaba de terror.

Le bajaron los pantalones de todas formas. Sintió la dureza del hombre de ojos verdes.

– No lo hagas, no lo hagas – repetía, cada vez más bajo, pues sus palabras la iban abandonando al igual que su integridad.

La arrastraron hasta los asientos traseros. Cayó encima del regazo del caballero. Le ordenaba que se la chupase, pero Reminis intentaba evitarlo con sus exiguas fuerzas.

Escuchó risas y otras obscenidades, hasta que un agudo dolor la atacó por detrás.

Gritó, pero no salió nada de su boca más que un sórdido alarido.

Por un momento creyó que cesaría, pero se hizo más fuerte, y se repitió una y otra y otra vez, hasta que dejó de sentir sus manos. Pronto, dejó de sentir sus pies. Y al final, dejó de sentirse a sí misma.

Vio a un saco de carne sacudido, agolpado entre tres cuerpos que se agitaban por tenerla. Recordó a Artemisa. Lo

que le sucedió y cómo terminó. Se dio cuenta que la iban a asesinar a ella también, y aunque hacía un rato tenía miedo de morir, ahora deseaba con toda su alma que ese momento llegase. Primero había sido humillada por sentir placer, por pecar de sentirse poderosa ante un hombre poderoso. Luego fue humillada por defender la naturaleza de su cuerpo, por ser quien era. Y ahora era humillada por todo lo contrario. Al final, daba igual lo que fuera, quien fuera. Daba igual lo que ella afirmara o lo que negara, en una cosa el enfermizo hijo del katupyry tenía razón: la carne habla por sí misma. Pues ahí estaba ese pedazo de carne tendido en el asiento trasero de un vehículo. Siendo despojado por completo de decisión y humanidad. Tal vez por la sentencia que le habían adjudicado, que la usaran de aquella manera no parecía tan terrible, pues no viviría para recordarlo, para sentirlo en sus sueños, pero morir de aquella manera, experimentar lo que estaba experimentando, entre todos esos cuerpos indiferentes de su voluntad, de su dolor, aún más, del miedo. El aroma a varones, el hálito húmedo en su nuca, la fuerza, la violencia, el dominio, la mercantilización de su cuerpo. Mario tenía razón. Su casa era un lujo. Pues lo que una vez creyó desear, disfrutar, desarrollar con maestría, ahora era una pesadilla. Rogó que terminara pronto. Cerró los ojos y se entregó a la oscuridad...

Y la Oscuridad llegó.

Vio al conductor regresar.

– ¡Vámonos ya! – gritó el hombre al entrar al coche.

Reminis había quedado aferrada al apoyacabezas del asiento trasero. Por la ventanilla trasera vio todo.

Una figura negra, con capa y extensiones puntiagudas sobresaliendo de su cabeza acababa de descender de una motocicleta, 20 metros atrás.

– Es... – balbuceó el buitro. – ¿Es Yaymena?

El caballero dejó a Reminis para rodear la camioneta y apuntarle con la pistola a la invasora. Antes de gatillar algo le golpeó la cabeza y lo derribó.

El conductor encendió el vehículo, pero justo en ese momento la puerta de su lado se abrió, la justiciera lo agarró por las mangas y lo electrocutó con algo en el cuello, y el hombre comenzó a convulsionar.

El de ojos verdes se había bajado y buscaba un arma más grande del baúl.

– Voy a matarte hija de puta – escuchó que farfullaba.

Cargó una ametralladora que apenas podía maniobrar. A pesar de tener el cañón apuntando directamente, Yaymena se acercó sin vacilar. Agarró la muñeca que sostenía el arma y la hizo a un lado. Las balas repiquetearon a centímetros de ella. Esto intimidó de tal manera al sicario que se le

aflojaron los brazos. La justiciera entonces lo desarmó y le propinó un codazo. El hombre se dio la cabeza contra la puerta del baúl, que se cerró sobre sus manos. Lanzó un grito.

En ese momento se bajó el buitre, empujando a Reminis a un lado, que se desplomó en el asiento. Para cuando ella volvió a incorporarse, lo vió desenvainar un cuchillo e intentó apuñalar a Yaymena. Ésta atrapó su brazo y lo miró fijamente a los ojos. El buitre intentó zafarse, pero la justiciera no cedió. Entonces quiso lanzar un puñetazo con la otra mano, pero antes ella lo pateó, una, dos y tres veces hasta que aquel cayó al suelo.

De pronto Yaymena recibió un disparo desde el otro lado del vehículo.

Se agachó para ponerse a cubierto, junto al adolorido hombre cara de buitre.

El caballero caminó con el revólver. No hubo sonido alguno que denotara el estado de la justiciera, por lo que aquel se acercó a Reminis. Ambas puertas del asiento trasero estaban abiertas.

– ¿Viste donde le di?

Ésta lo miró, pero no dijo nada.

– ¡Vení cobarde! –gritó el hombre.

El Buitre, agonizando en el asfalto, le señaló a su compañero el espacio entre la baulera y el asiento trasero.

El caballero se agachó para ver por debajo. Justo en ese momento, el vehículo se sacudió, el techo tembló y antes de que el caballero se terminara de levantar, una gran sombra cayó sobre él. Yaymena fue precisa con su voltereta y su aterrizaje. Lo tumbó, giró hasta quedar en su espalda y antes de que él agarrase de nuevo el arma, le golpeó en el posterior y lo apresó por el cuello.

El caballero puso las manos en alto.

– Me rindo – dijo ahogado.

Recién entonces Yaymena la vio.

A pesar de la oscuridad en las cuencas de sus oscuros ojos, pudo notar cómo se abrieron. Pudo sentir la perplejidad al verla desnuda, humillada, mancillada. De sus piernas sangraba y se derramaba por el tapizado un tramo de sangre; los pantalones, incluso el marco de la puerta del vehículo se habían manchado de rojo.

La justiciera soltó al caballero y se le acercó con movimientos débiles.

No dijo nada. Y Reminis tampoco. Pero era en su mirada, entre la humillación, el dolor, la vergüenza, el terror, la ira, las que se vieron reflejadas en ella.

Yaymena se irguió, apretando la mandíbula. Sus labios palidecieron pese al labial oscuro. Algo en ella cambió, de un instante a otro. La frialdad y la precisión la abandonaron. Y en su lugar... vio encenderse en su mirada una furia irrefrenable.

El buitre echó a correr por la calle. Alcanzó a dar 5 pasos cuando la justiciera dio un salto al techo del vehículo, sacó una pistola de su cinturón y disparó. El pequeño arpón conectado a un cable le atravesó el gemelo. El buitre gritó y se cayó.

Yaymena enrolló el cable sin pausa. El buitre gritaba tanto por dolor como por miedo, mientras era arrastrado por la pierna. A su paso dejó un reguero de sangre que limpiaba su cara.

El caballero intentó levantar el revólver del suelo una vez más. El demonio negro lo vio antes, saltó encima suyo, y rodeó su cuello con el cable. Le dio tres vueltas y luego dejó caer la pistola. Cuando el Buitre intentó alejarse, el sicario chocó contra la camioneta y luego se quedó colgando en el aire. Su cara comenzó a hincharse hasta quedar morada. Ambos quedaron obstaculizados por el vehículo, en la misma agonía. Y Reminis, dentro, en el medio, los veía a ambos sin terminar de entender lo que estaba sucediendo.

Yaymena vio que el hombre de ojos verdes se acercaba, furioso. Era grande y regordete.

Se le echó encima con rabia. Ella se sacudió, pero aquel la rodeó con sus enormes brazos. La capa entonces se salió de los hombros de la justiciera, que se deslizó por debajo y retrocedió. El hombre se deshizo de la capa, pero cuando miró al frente, Yaymena saltó lanzando un grito fiero. Le propinó un rodillazo que le voló varios dientes. Se prendió de su cuerpo. Él la agarró por la cintura e intentó sacársela de encima, pero lo golpeó con tanta rapidez e insistencia hasta que el rostro del hombre se convirtió en una masa roja que comenzaba a perder definiciones. Ambos cayeron al suelo.

Ella se levantó, agitada, para recuperar su pistola. Desenredó el cable del cuello del caballero, que estaba colgado del vehículo, ya sin vida.

Del otro lado, El buitre suplicó por la suya, pero Yaymena, que ya no se veía imponente sin la capa sino delgada y femenina, le arrancó el arpón sin miramiento y el gemelo del hombre quedó destrozado. Luego le puso el pie en la garganta, hasta que los gritos del hombre se silenciaron.

En ese momento el conductor, que hacía segundos atrás había despertado, la apuñaló por la espalda.

Yaymena lanzó un respingo. El sicario la apuñaló dos veces más hasta que el cuchillo se quedó clavado en ella. El conductor retrocedió, en un reflejo temeroso. Intentó recuperarlo, pero Yaymena se dio la vuelta y lo miró fijo a los ojos.

La expresión del conductor se congeló en el terror.

– ¿Por qué no te mueres? ¿Qué eres?

La quiso agarrar por el cuello. Yaymena agarró sus manos, las dobló, lo hizo retorcerse y luego lo pateó en el estómago. Éste pasó de gritar de dolor a quedarse sin aire. Le dio un puñetazo en el oído, que lo tambaleó, luego le pisó el pie, le propinó un codazo en la nariz, y, aun cuando ya estaba fuera de juego, le agarró el brazo, lo hizo levantarse, sólo para romperselo.

Gritó, pero su voz se interrumpió de una forma turbia y viscosa cuando Yaymena le agarró la cabeza y con un rápido movimiento, le rompió el cuello.

El cuerpo del sicario cayó inerte al suelo.

Se hizo un extraño silencio. La justiciera se quedó varios segundos parada en medio de la calle, como si aún esperase al siguiente rival. Reminis se dio cuenta entonces que de alguna manera la justiciera acababa de arrepentirse de haber hecho lo que hizo.

Yaymena se le acercó.

– Tengo que llevarte a un hospital. – Su voz no sonaba agitada. Y eso era muy raro. Parecía ser gobernada de nuevo por la frialdad absoluta.

Reminis no dijo nada.

– Esperadme. Volveré en unos minutos.

– El cuchillo.

– ¿Qué?

– Vení que te saco el cuchillo de espalda.

La justiciera pestañeó. Luego se acercó y volteó, dubitativa. Al tenerla cerca se dio cuenta que era una mujer realmente alta para ser cis. Quizás sí era un demonio.

Reminis sujetó el mango del cuchillo. Hizo fuerza y lo extrajo de un tirón. Yaymena se quejó con un gruñido. La herida comenzó a sangrar.

– ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

La mujer la miró, sorprendida. De los compartimentos del cinturón sacó un aerosol pequeño.

– Podéis usar esto.

Reminis roció el aerosol en las tres puñaladas. ¿Cómo estaba de pie?

– Eso sellará por una hora. ¿Vos no tenéis heridas de perforación?

Reminis sacudió la cabeza.

La justiciera recogió su capa y su pistola de gancho. Echó a caminar hacia su motocicleta, la montó y se fue.

Reminis pensó que no iba a regresar en realidad, así que inició la tortuosa tarea de levantarse. La hemorragia la había dejado débil, pero pudo ponerse de pie. Se puso la camisa, se subió los pantalones y fue arrastrándose, apoyándose en la pared de la camioneta. Intentó caminar, pero el dolor fue insoportable y cayó encima del capó del vehículo. En ese momento se largó a llorar.

Ya no podía ponerle palabras a lo que sentía. Era una náusea que la ahogaba, le cortaba la respiración. Una sensación de autodesprecio tal que sentía injustificado el hecho de no haber sido asesinada. El vacío se apoderaba de su interior. No sabía cómo regresar después de esa vida. Estaba olvidado lo que era antes, lo que era antes de que el sol se escondiera en el horizonte.

Una mano se posó en su hombro.

Era Yaymena.

– Lo siento.

Reminis la miró.

– ¿Estoy muerta? ¿Es este el infierno?

Le pareció ver que la expresión de la justiciera se ablandó.

– No.

Con calma y delicadeza acostó de lado a Reminis en el asiento del acompañante, y estiró la butaca lo más que pudo. Dejó los cuerpos donde estaban y se subió al asiento del conductor. Una vez el vehículo estuvo en movimiento, Reminis apoyó la cabeza y dejó que la brizna de la noche enfriara su rostro.

Yaymena se detuvo en las puertas de un hospital.

– ¿Vas a dejarme sola? – musitó Reminis.

La justiciera bajó del vehículo y dio la vuelta. Abrió la puerta del acompañante y se puso de cuclillas delante de ella.

– Estarás bien.

– Mataron a mi amiga. Y me matarán a mí también. Asesinaste a dos o tres hombres. Van a venir a por mí.

– Lo sé. Pero no dejaré que te suceda nada. Te protegeré.

– ¿Por qué no entráis conmigo?

– Porque me arrestarían. Pero escuchadme. Me quedaré vigilando. Pasarán días antes de que la mafia encuentre tu paradero. Entonces estarás recuperada y te irás conmigo.

– ¿A dónde? No sé quién sos, ni lo que querés. Tal vez me usarás como carnada para atraer a la mafia.

– No haré tal cosa.

– Asesinaste a esos hombres. Se lo merecían. Pero. Yo también debí haber muerto.

Yaymena se irguió. Llevó las manos a la cabeza, apretó las puntas del antifaz y, en silencio, se lo quitó.

Reminis guardó silencio.

Una pareja de paramédicos se acercaron. La justiciera volvió a colocarse el antifaz.

– ¿Es ella? – le hablaron a Yaymena, como si ya la conocieran.

– Sí.

Mientras subían a Reminis a una camilla, la justiciera regresó al volante. Hizo marcha atrás y se fue. Reminis se acababa de dar cuenta que no le enseñó el rostro para darle confianza, para mostrarle humanidad. Sino para que la reconociera cuando viniera a buscarla. Lo que posiblemente aquella no supiera era que Reminis ya conocía a esa mujer.

Miranda Crosborten... era imposible no reconocerla aún después de tantos años.

BERENICE

Berenice Osvaldo llevaba 4 años viviendo en Jaiva y aún no terminaba de comprender cómo funcionaba la ciudad. Era muy extraño como en las calles la gente solía caminar deprisa sin voltear la mirada, proactiva y combativa, pero dentro de los edificios albergaban un aire depresivo y aletargado. Aquella sociedad era imposible de definir para ella. Todos eran moralistas, demandantes y partidarios de la imposición de las leyes, pero detrás de las vidrieras hedía la anomia y el solipsismo. Tenía una mochila de emociones que procesar respecto a eso, pero como en su pueblo las palabras no eran necesarias, poner en ellas sus ideas le costaba más de la cuenta, y eso tal vez era de las pocas cosas que admiraba de los jaivenses: la arrolladora capacidad de dar sentencias a sus juicios con un par de verbos.

Zyra la había llamado agitada. Dijo muchas cosas y ella, que había estado sumergida en la modorra, espabiló.

– ¡Más despacio! Repetime lo último. No se te entiende bien. – Su compañero que estaba parado en la otra esquina la miró. A esas horas de la noche, la plaza estaba completamente vacía.– Está bien, dejame ver que puedo hacer, cielo. Te llamaré dentro de 15 minutos.

Zyra le había pedido que rastreara la ubicación de Reminis.

En frases apretadas le había contado lo del vídeo.

Ella tenía en muy alta estima a Berenice. Solía confiarle los secretos y las polémicas de sus colegas, la tenía como un confidente casi absoluto. El secreto de los justicieros, la secta, el dios de la guerra, Reminis. Bere era la única privilegiada en conocer el alma de Zyra. Pero la suboficial no se tomaba muy en serio todas esas cosas. Quizás no tanto por el aire místico y poco creíble de tales historias, sino porque ella nunca hablaba de sus consumos problemáticos ni de las veces que puso a su madre en vilo con sus ataques de abstinencia.

Pero a ella le encantaba tener ese rol. Ni sus hermanos ni su madre. Era su cuñada, una pueblerina inexperta, una poli, enemiga de todas las facciones a las que Zyra concurría, quien ganó su corazón de manera absoluta. Berenice tenía la firme convicción de que eso era un designio de Dios. Eso era lo que la familia Crosborten necesitaba: un alma simple e inocente, que le devolviera la fe en las buenas voluntades. Sin embargo, por debajo del mundo de las apariencias, Berenice Osvaldo sí que se adaptó un poquito al juego de la megapoli.

Luego de colgar la llamada, su celular volvió a sonar. Esta vez era su novio.

– En serio voy a pensar que me lees la mente – bromeó por

teléfono con Fernis.

Se dispuso a caminar en dirección a su compañero en la otra esquina.

– O en versión menos romántica: que me espías. Mentira. Te amo.

Un pequeño auto amarillo de pinutra desgastada hizo parpadear sus faroles del otro lado de la plaza. – Ok. Regreso a la opción de novio tóxico.

Miró el reloj. 03:55.

– Pérez. Por favor, Eh... ¿Me cubrís los últimos 5 minutos?

En la cara de su compañero se formaron patas de gallo. Sonrió en silencio.

– Hasta mañana, Osvaldo.

– Buenas noches, Pérez – devolvió ella con alegría.

Esa alegría se borró de su semblante en cuanto cruzó la calle y se subió al coche. Fernis no tenía buena cara ni buena pinta. Había mortandad en su aura, y eso era algo en común que tenía con su hermana. A Berenice le producía escalofríos. No quería recibir el concepto de “odio” pero ciertamente detestaba la idea de que en ciertos aspectos su novio se pareciera tanto a la sombría Miranda Crosborten.

– Por Jesucristo, ¿qué pasó?

Fernis sacudió la cabeza. No era común verle con esa cara.

– ¡Bebé! – rodeó su brazo con los suyos. – ¿Estás bien?

– Es sobre Zyra – dijo de repente una voz masculina detrás suyo. Berenice casi escupió el corazón del sobresalto.

– ¡Sardinas endemoniadas! – gritó alarmada. En Fernis se liberó una débil risita. – Lihuen, casi me matás de susto.

– Muy poco cristianas tus palabras – respondió el muchacho escudriñando desde las sombras del asiento trasero. Su seriedad era fingida, como un humor taciturno y sin esfuerzo.

Berenice se acomodó en el asiento y se dirigió a su novio.

– ¿Hasta cuándo van a darme lata con eso? – le masculló. – Y bien, ¿alguno de los dos piensa decirme qué está pasando o tengo que adivinar?

Fernis puso en marcha el coche.

– ¿Por qué supones que pasa algo? – murmuró Lihuen.

– Bueno... – hizo un gesto con las manos. – ¿Porqué los dos están bien raros, tal vez?

– O porque es poli – agregó Fernis.

– No – replicó ella, empezando a encabritarse.

– ¿No sos poli? – alargó Lihuen.

– Sí soy poli. Digo no es porque...

– ¿Porqué estoy acá?

– Tal vez porque no le he dicho ‘amor’.

– ¿Qué? – se cruzó de brazos. – ¡Sí! Ni me has dado un beso

– siguió por fin el juego.

– Lo sabía.

Hubo un pequeño momento de silencio.

– ¿Les llamó Zyra?

Ambos asintieron.

– Sardinas...

– Nos está esperando en... – miró su celular. – El Hacedor de Vainilla y Su Fiel Julio César.

– No sé si le agradará que esté Lihuen acá.

– Des que se joda – expresó el muchacho—. Sonaba preocupada y no pienso dejar que desaparezca de nuevo.

– Además es su hermano – agregó Fernis.

– Sí, pero...

No terminó la frase. La llamaron por radio.

– Como sea – dijo después—, debemos buscar en qué hospital se encuentra Reminis.

– Está en el Hospital Público. Ella... – Fernis hizo una pausa, y así entendió Berenice que en el asunto estaba la informante misteriosa. – Dicen que fue rescatada por una justiciera.

– No cualquier justiciera – señaló Lihuen—. La despiadada Yaymena.

– ¿Por qué despiadada? Parece más sensata que toda la Sociedad junta –defendió Fernis.

– No creo que la sigas defendiendo después de que veas las

noticias – advirtió el muchacho. – Se le ha ido la cabeza, o bien por fin se dio cuenta que hay una sola manera de parar a esos hijos de puta.

– ¿De qué estás hablando, Lihuen?

Berenice miró a su novio. Ahora entendía porque ese humor tan terrible en él.

Desde que lo conoció, Fernis admiró a Yaymena. Por alguna extraña razón, a su novio le agradaban todos esos temas góticos; hablar sobre la muerte, la actividad paranormal, los críptidos. Yaymena encajaba a la perfección con esas aficiones. Como buena amatistense, ella intentó disuadirle de alabar a una justiciera, y sobretodo a una como *El Demonio Negro*. Representaba todo lo opuesto a la justicia, el orden, y en este caso en particular, aún peor: magia oscura, creencias oscuras, criaturas oscuras, un mundo oscuro. Pero no hubo caso. El club de fans en Jaiva apareció de la noche a la mañana, y su obstinado, inteligente, apuesto y capaz novio fue parte de él. Ahora estaba segura de que gracias a él Yaymena extendió su capacidad de trabajo. Nunca se lo dijo explícitamente, pero era evidente que la *informante misteriosa* de la que ella y Fernis se nutrían para enterarse de todos los problemas en Jaiva era la jodida Yaymena.

– Mirá las noticias – le sugirió Fernis.

Berenice tomó su celular.

Uno de los títulos que vio decía:

“Feroz asalto a hotel desmantela a proxeneta y lavado de dinero”

Otro era:

“La mafia paraguaya va detrás de prostitutas transexuales”

Y otra:

“Muerte: un encuentro entre Yaymena y sicarios de la mafia provocó el terror entre los vecinos del distrito Oeste”

Berenice entró al enlace. Reprodujo el vídeo adjunto. Un reportero caminaba por la banquina de la autopista. La cámara enfocaba el barranco, repleto de pastizales. Mientras giraba sobre su eje horizontal, en escena aparecía una camioneta azul con sus puertas abiertas. El camarógrafo hizo zoom y se vislumbraron manchas de sangre que alcanzaban hasta el suelo, además de agujeros de balas y fragmentos de cristales. Alrededor, el equipo forense de la policía federal trabajaba sobre el lugar. 3 cuerpos estaban en el suelo, envueltos en una bolsa negra que parecía pegarse a las figuras. Las luces rojas y azules de los patrulleros se refractaban en aquellas bolsas de manera espeluznante; los cadáveres parecían moverse todavía.

– *Una hora atrás, tal como constata el equipo policial, se*

desató una verdadera escena de terror aquí mismo, a pocas cuadras del Fuerte Marsene. Aún no tenemos detalles del acontecimiento, pero según testimonios, la camioneta amarok de color azul se dirigía hacia el Oeste, posiblemente con intenciones de salir de la ciudad. Sin embargo, los ocupantes del vehículo decidieron hacer una parada en este preciso lugar. Los pocos vecinos que viven en el barrio de Iustita – la cámara hizo un barrido al otro lado del barranco, donde tras una bajada del terreno podía apreciarse las viviendas achaparradas e iluminadas por las tenues luces anaranjadas del barrio–, afirman haber escuchado gritos de auxilio de una mujer. Hace un rato también se hizo viral un vídeo...

Berenice bajó la ventanilla del coche. Se sentía asfixiada.

– ¿Qué hacés? Nos vamos a congelar – se quejó Fernis.

– Esto me repugna...

– Prestá atención.

–... Y Horacio, un vecino con el que pudimos hablar hace minutos nada más, nos decía que el timbre de la mujer que gritaba aquí coincidía – el reportero ponía un fuerte énfasis en las palabras – con la mujer transgénero del vídeo que vimos hoy, lo que supondría que se trata de la misma persona. Esto implica algo muy grave Javier, des estaría implicando en cierta manera a los autores del

vídeo circulando: Hernán Guillet y Tomás del Valle, hijos de Tróbulos del Valle. Magnánimo empresario, dueño de la farmacéutica Guara – su excentricidad iba en aumento – proveedora principal del neuro-inhibidor Oftarmol. Recordemos que, el Oftarmol ha tenido enorme importancia en el desarrollo del control del virus W. Bueno, éste señor y sus respectivos hijos, estarían convirtiéndose – hizo una pausa–. En los nuevos sospechosos de poseer estrecho vínculo con la mafia paraguaya.

– Esto es muy grave – se estremeció Berenice en su asiento. Fernis no parecía alterado por ello, empero.

– *Aún deben identificarse los cuerpos y emitirse la declaración oficial de la Policía. Pero los vecinos no tienen ninguna duda de que estos hombres son sicarios de la mafia paraguaya, debido a las armas de gran calibre que portaban, y la mujer que tenían retenida sería la fémina transgénero del vídeo, lo que, en otras palabras, significaría con mucha probabilidad que era una de las prostitutas del Hotel de Mario.*

Lihuen resopló.

– Los medios dan asco.

– Silencio – gruñó Fernis.

Berenice notó la ansiedad de su novio. De repente hizo un

ademán, para que prestara más atención.

– Se desconoce cómo ni por qué la aparición de Yaymena. Pero lo que sí es una certeza, Javier, es que esta vigilante enmascarada es la autora de esta masacre. 3 hombres asesinados. Como jaivenses, estamos acostumbrados a este nivel de violencia e impunidad. También sabemos, deben de estar de acuerdo conmigo, que el accionar de los justicieros es muchas veces consecuencia de la corrupción y la irresponsabilidad política. Pero sin dudas, actuar por fuera de la ley, y a este nivel de violencia, nunca trae nada bueno.

Berenice bloqueó el celular y miró a su compañero.

– Dios mío...

– Tengo un muy mal presentimiento sobre esto, Bere.

Berenice suspiró.

– Ya vámonos.

Fernis detuvo el auto en la esquina de una lechería con estética cincuentera que apabullaba con su cartel luminoso. El nombre del local recorría todo el largo del frente. Zyra estaba sentada sobre el cordón. A su lado, envuelto en una tela y asegurado con una cuerda y un candado, había un objeto rectangular, de unos un metro de largo y la mitad de alto. Se notaba pesado.

El conductor suspiró cuando Zyra se incorporó y se acercó con la cosa entre manos.

– Hey, abríme el baúl.

– ¿Qué es eso?

– Sólo abríme el jodido baúl, ¿sí? – vio a Lihuen asomarse atrás. – ¿Qué hace este foca acá?

Berenice ya se había bajado del coche y estaba dando la vuelta.

– No empecemos, ¿sí? – dijo Fernis amablemente.

– Fue su jodida idea, ¿no?

– Es mi auto y yo decido quién se sube – sentenció Fernis.

– Des yo no me voy a subir con este traidor del carajo.

– Vas a subirte, quieras o no, pendeja – replicó su hermano.

– Tal vez me suba, para partirte la jeta.

Berenice se acercó.

– Vamos, Zy. Tranquilízate. Ya sabemos donde está Reminis e iremos a buscarla.

La expresión de la jovencita cambió de manera instantánea.

– ¿De verdad ya la encontraron?

Berenice asintió con serenidad.

– Venga, vamos a subir eso al baúl y apresuremonos.

La suboficial se adelantó y se agachó para levantar la cosa.

Pero en cuanto lo tocó, pese a las múltiples capas que parecía tener de envoltorio, notó el calor que emanaba. La

invadió una sensación que trepidó por todo su sistema nervioso. Pudo reprimir su reacción pero le costó incorporarse. Zyra se lo arrancó de las manos entonces.

Vio cómo Fernis se bajaba para abrir el baúl, y cómo Zyra guardaba la cosa dentro. Mientras Fernis regresaba al asiento, Zyra la miró. A Berenice le vino una cita de la biblia a la mente entonces:

‘Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre;

y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento.

Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar.

Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes;

y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero;

porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?’

Su reloj marcaba las 3:07 cuando llegaron al hospital. El edificio tenía ya un centenario y no se encontraba en el

mejor de los estados. Eran 3 plantas de pintura desgastada y barrotes de ventanas oxidadas. El sistema de luces y los arbustos podados por suerte ayudaban a contrarrestar un poco su decadencia.

Los cuatro bajaron del coche. Cuando Zyra y Fernis atravesaron la puerta, Berenice se detuvo.

– Hey, Lih – lo llamó, con ese apodo tan chulo que al mayor de los hijos de Julia le gustaba. – ¿Querés esperar en el auto?

El muchacho no se sorprendió.

Lihuen era un joven atractivo, con una personalidad peculiar. Adrede solía decirle su madre que había heredado la excentricidad de ella a sus 20' y la templanza de su padre. Para Berenice, había algo de verdad en ello. Lihuen solía ser tranquilo, de pocas palabras, pero en su cuerpo se materializaba un carácter fuerte y temerario: un brazo totalmente tatuado, varios piercings en el rostro, ropa fluor y riñonera con porros y cupones para las barras de las discotecas underground. Tenía mucho en común con Zyra. No entendía por qué se llevaban tan mal.

– ¿Creés que es capaz de robarse el auto de Fernis?

Berenice quedó perpleja.

– Yo sí. – Hizo una mueca y se dio la vuelta. – Sólo asegúrense de que vuelva con nosotros, Bere. A mi madre le

gustaría recordar el rostro de su hija preferida...

Eso había sido cruel para él mismo. No salió una respuesta adecuada en Berenice, así que sólo entró al edificio.

En el hall de entrada la esperaba Zyra con un notable gesto de preocupación, pero también de enfado. Fernis las condujo al segundo piso. Recorrieron los pasillos en silencio, bajo la amable pero atenta mirada del personal de salud. Aquel lugar era un laberinto por dentro, le generaba ansiedad.

– Ahí, la 54 – señaló su novio a una habitación semi cerrada. Los paneles a ambos lados de la puerta eran unos ventanales cuyas cortinas a medio correr dejaban ver el interior. Había dos camas separadas por un biombo de plástico. La que estaba más cerca de la ventana externa estaba ocupada.

– ¿Es ella? – investigó Fernis al asomarse.

La mujer de la camilla giró la cabeza hacia ellos. Les había escuchado.

Zyra dejó escapar un gemido al obtener contacto visual. Se abalanzó sobre la puerta y entró antes de que cualquiera se moviera. Una enfermera se acercó entonces.

– ¿Sois familiares? ¿Amigos? ¿Conocidos?

– Somos amigos – respondió Berenice.

La enfermera señaló un cartel pegado al lado de la

habitación con un código QR.

– ¿Podéis llenar el formulario? – Observó hacia adentro. – Sólo podéis pasar de a uno, ¿sí? Desinfectaros las manos y mantened la distancia.

– ¿En qué estado está?

La enfermera borró la tenue sonrisa de su cara.

– Se encuentra fuera de peligro. – Hizo una breve pausa. – Ha sufrido fisuras en el ano y presenta traumatismo craneal, pero se pondrá bien dentro de poco. Sin embargo, es importante que sea tratada con un equipo de salud mental. Las consecuencias de...

– Entiendo – interrumpió Berenice, incómoda.

La enfermera asintió y se retiró.

Vio que Zyra se había aferrado a las manos de Reminis y lloraba. De lo que estuvieran hablando sin dudas debía ser fuerte, porque no veía esa expresión en su pequeña cuñada desde hacía meses.

Fernis la rodeó con sus brazos.

– ¿Sabés que te amo verdad?

Berenice le dio un tierno beso en la mejilla. Pero luego interpretó su tono.

– Debemos tener más confianza que nunca.

Apoyada sobre su pecho sentía un confort somnoliento. Un pequeño hogar donde sentirse segura. A su alrededor el aire

era frío, las paredes ignotas, los horarios del reloj no tenían sentido. Pero en el pecho de Fernis, sentía calor.

Lo estrujó como a una almohada. Su hombre.

– Amor...

Abrió los ojos cuando él la apartó con suavidad.

En la esquina del pasillo estaba Miranda, como aparecida de la nada. Miraba por la ventana, esperaba algo.

– ¿Qué hace acá?

– Tenemos que hablar de un asunto.

– Si la ve Zyra va a enloquecer.

– Nos iremos abajo. Vos encargate de ella. Vuelvo en un rato.

– Ok – respondió, con sus dudas.

Habían pasado alrededor de 10 minutos. Estaba sentada, leyendo noticias en su celular, cuando Zyra por fin salió de la habitación. No estaba más tranquila que cuando entró. Se sentó a su lado. Jugeteaba nerviosamente con sus uñas. Las ojeras y la ropa desteñida y olorosa la hacían lucir peor. Su pelo brillante y su tez juvenil parecían lo único que reflejaban su edad.

– Bere... – murmuró.

– ¿Qué, cielo?

Miraba al suelo.

– ¿Querés que te abrace?

- No. No me toques. Ya nadie debería tocarme.
- ¿Por qué decís eso?
- Bere... Tenemos que hablar de algo. Sos la única persona en la que puedo confiar.
- Berenice se acercó un poco más.
- Prometeme que no se lo vas a decir a nadie. Ni a Fernis.
- Lo prometo.
- En serio. De eso dependerá el futuro de... todo.
- La voz ansiosa y tensionada la preocupaba. Cuando levantó la vista y la miró, vio que sus ojos estaban vidriosos y amarillentos.
- ¿Qué sucede, Zy?
- Zyra dubitó unos instantes. Pero al final sus labios despegaron un relato.
- Sé que vos no creés en los dioses, pero sí en ese todopoderoso. No lo sé. Quizás, algún día descubramos que el padre de todas las cosas sí existe. Y... ¿Recordás cuál era mi planteo cuando discutíamos por ese tema?
- Sí.
- ¿Si Dios todo lo puede, por qué permite el mal?
- Eso decías, sí.
- ¿Y aún seguirías respondiendo que “Dios obra de manera misteriosa”?
- Sí. Zyra, no tengo esa respuesta. Algo tan infinitamente

bueno y poderoso como Dios comparado con nosotros, simples mortales. ¿Acaso una hormiga entiende lo que hacen los humanos?

Zyra torció un dedo casi hasta el límite.

– No tiene sentido, Bere.

Aquella le acarició la espalda.

– Zy, no pienses en eso ahora. Creo que sé lo que querés decirme pero...

– Yo pensaba lo mismo de los dioses – interrumpió con angustia la joven. – Que un dios, es siempre bueno, y siempre fuerte. Que como un bosque a sus árboles, cuida y mantiene la vida, a sus individuos. Pero... Los dioses dejan que cosas horribles sucedan. Guardan silencio. Si fuera cierto, tal como dice la Derotea, que el poder de los dioses se dividió para abarcarlo todo, sólo me queda pensar... Que todos ellos, no son poderosos... o no son buenos.

– Si existieran, dado el caso. No serían dioses, cielo.

Zyra la miró con enorme frustración.

– Y... ¿qué serían?

– No lo sé. ¿Humanos?

– ¿Qué?

– Somos nosotros, los que pecamos, fallamos, los débiles, los ignorantes, avariciosos, arrogantes, los que tendemos a creernos dioses cuando tenemos dinero, por ejemplo.

Zyra apartó la mirada hacia la ventana. Por detrás de su propio reflejo en la ventana, allá, en el panorama de edificios, cuadraditos apagados ocultando una oscuridad momentánea, centró su visión.

– Dicen que ese Dios, el único según vos, hizo a los humanos a su imagen y semejanza. Eso es lo que no me parece de un Dios.

– ¿Cómo?

– Los humanos y las hormigas somos muy distintos. Si vieras a un dios, Bere, ¿no te daría miedo?

La forma en que la joven clavó la mirada en ella le provocó escalofríos.

– ¿Si supieras la forma en que puede aplastarte como a una mosca? ¿Si fuera un monstruo abominable, horrendo, o una aparición capaz de devorarte en sueños, pero fue él precisamente quien te creó? ¿Y si sos su alimento? ¿Su carne? ¿Si además de ser maligno, es lo más poderoso que existe?

– ¿Cómo podés pensar una cosa así? – Se sorprendió Berenice, atemorizada de verdad.

– ¿Y si fueras hija de una de esas criaturas? ¿Cómo podrías contradecirle? ¿Cómo podrías afirmar que eso no es un Dios?

– Ya te lo dije. Eso no sería un dios. Por favor, borra esa

idea de tu cabeza.

Zyra se puso de pie.

– No. – Sus pupilas parecían enormes y sus manos temblaban. – No es una idea. Yo busco una idea al respecto.

Pero eso, es un hecho.

– Por favor, cielo, no alces tanto la voz. Sentate.

– No quiero ser dios, Bere. No quiero tomar decisiones sobre la vida y la muerte. Quiero flotar en el viento, ser parte de las partículas que flotan alrededor de un ventilador, quiero ser el éxtasis bailando en luces de neón.

Por unos momentos, la suboficial se quedó sin palabras.

– No quiero ser hija de un monstruo ni la portadora del mal.

Berenice se incorporó de un salto y la abrazó con fuerza. Ambas tenían casi la misma estatura. Zyra comenzó a llorar en su hombro. Pero mientras ella liberaba su miedo, Berenice volvió a sentir lo mismo que cuando tocó la cosa envuelta y encadenada que había en el auto.

Escuchó unas palabras susurradas en su oído:

esmer'katet i voc hamek

Antes de que pudiera ser consciente de ello, se vio arrojada en un gran desierto de tierra negra y estéril.

A su derecha, un escueto lago rojo dejaba visible un ejército de cuerpos, algunos desmembrados y otro montón roídos

hasta los huesos. El número de cadáveres era absurdo, pero todos cabían en el lago. Además, el número parecía aumentar a cada instante, y toda esa bola de tejidos se movía buscando espacio.

A su izquierda yacían las sombras. Si se esforzaba, podía ver una ciudad plateada oculta dentro. Era pequeña, pero llena de detalles. Le pareció que, si el sol saliera, sería hermosa, resplandeciente. Tomó la linterna de su cinturón y apuntó hacia las calles. La luz moría antes de llegar. Lanzó entonces una piedra, pero ésta cayó antes de llegar.

Caminó con cautela ella misma, y entonces las sombras se disiparon a su alrededor. Vio la plata más pura y brillante bajo sus pies. El aroma a canela, a vainilla y a frutos rojos, frescos como el invierno, invadieron su nariz.

Pero entonces ojos penetrantes, cargados, la rodearon desde las sombras. Sintió una puñalada en su espalda. Se dio la vuelta y echó a correr de regreso, mientras las sombras volvían a cerrarse alrededor. Llegó al sendero donde había aparecido con las exiguas fuerzas que le quedaban. Se desplomó en la tierra, escupiendo sangre por la boca.

Un susurro volvió a sonar al lado suyo.

Frente a ella, allá hacia el norte, entre el lago de sangre y las sombras, lejos, pero cerca, como la ilusión de ciertas cosas en un sueño, vio alzarse una pirámide. Era de marfil,

impoluta, imponente. En su cénit, había un trono, o un sol, o un ojo. No alcanzaba a distinguir. La llamaba. Era la voz de Zyra.

Se arrastró temblando por la negra tierra, hasta que una voz extraña y quebrada dijo detrás suyo:

— Y yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han venido de grande tribulación, y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero.

Unas manos largas y sucias la sujetaron por la cabeza, y la obligaron a levantar la mirada.

Vio a una criatura indescriptiblemente aterradora. Pero cuánto más dijo, más humana se volvió.

— Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo: y el que está sentado en el trono tenderá su pabellón sobre ellos. No tendrán más hambre, ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni ningún otro calor.

Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes vivas de aguas: y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos.

Berenice, con sus últimas fuerzas, le respondió:

— También la gente de las ciudades en los alrededores de Jerusalén acudía trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos, y todos eran sanados.

El mundo entonces se hizo un único y vivaz rojo.

Al soltar a Zyra, notó que ésta estaba pálida.

No supo qué decir. No sintió miedo, des apenas había sido consciente. Pero recordaba cada imagen y cada sensación.

– Yo no soy normal... – expresó Zyra. – No puedo seguir ignorándolo. Tengo que irme y evitar... eso.

– No te vayas... – Berenice intentaba ocultar sus preguntas. No creía que Zyra tuviera relación con la visión. Lo negaba.

– No. Esto es algo que yo sola tengo que hacer. Me he cansado de que todo el mundo me diga lo que tengo que hacer. ¿Queréis que madure? Ahora lo haré.

– Zyra, sos parte de la familia... Todo estará bien, ¿ok?

– ¿iPor qué nadie me toma en serio!?

– Yo lo hago.

Zyra se asomó a la ventana. Estaba a punto de llorar.

– Necesitamos estar unidos – reclamó Berenice. – Volvé a tu casa, por favor. Después hablaremos de todo.

Ella hizo una pausa.

– No. Iré a otro lado. Me quedaré en un lugar. El cofre no saldrá de ahí. Y yo tampoco.

– No, Zyra – imploró Berenice – Tu madre te extraña. Tus hermanos. ¿Abandonarás a Reminis? Ahora es cuando más te necesita.

– Cuanto más cerca esté, todos peor estarán.

– No digas eso.

– Es la verdad, Bere. Yo... sólo tengo que resistir, hasta que...

– ¿Hasta qué? ¿Irás a lo de ese hombre a consumir, verdad?

– ¿Y qué queréis que haga?

– ¡Qué vuelvas a tu casa, Zy! ¡Por favor...!

Zyra la miró con un aire de decepción.

– ¿Querés saber que hay en el baúl? El mal, Bere. Y yo, su portadora. Qué mejor lugar para guardarlo, que en una pocilga donde todos nos convertimos en viento, en polvo flotando alrededor de luces de neón. Allí, el mal no puede tocarnos. Porque no tenemos voluntad.

– Zyra... Iré a buscarte, aunque tenga que entrar a esa casa.

– Hazlo, y te prometo que recibirás un tiro en la frente.

Berenice palideció. No podía creer lo que su joven cuñada acababa de decir.

– Yo conozco a Reminis. Si el cofre está cerca de ella, sin dudas la absorberá.

– ¿Qué cofre?

Zyra ya ni siquiera la miraba.

– Algún día lo vas a entender.

Berenice sintió que se lo dijo a sí misma.

– Cuidá a Reminis por mí.

Berenice echó a llorar. Le temblaron las piernas y se tuvo que sentar. Estuvo unos minutos limpiando sus propias

lágrimas, masajeando el dolor en el pecho, deseando que las cosas fueran diferentes. Pero... Ella no era nadie en aquella ciudad. Y no defraudaría a Zyra. Porque si había algo en lo que jamás dudaría, era que Zyra saldría de esa. Zyra sería una gran persona. Zyra sería reina.

– Estará bien cuidada. Te lo prometo.

– Gracias.

– Tu hermano te espera en el auto. Decile que sacarás lo del baúl para traerlo acá, y que luego bajaremos juntas.

Ella asintió.

– Nos vemos pronto, mi chulita – le dio la mano. Zyra no mostró oposición. – Nunca perderé la fe en vos.

Zyra intentó alejarse, pero Berenice no la soltó.

– ¡Serás noble y buena! ¡Serás mi reina por siempre!

Vio que Zyra liberó las lágrimas, ella le soltó la mano y aquella se fue, corriendo.

Se quedó largo tiempo llorando, sola en aquel pasillo blanco, cuyo ventanal reflejaba su figura solitaria, y recordó esa visión que la perseguiría el resto del tiempo. Y hasta que en un momento, ya más tranquila, se preguntó a sí misma:

– ¿Quién será el cordero y quién el ángel?

Finalmente regresó Fernis, a eso de las 5 de la madrugada.

– Nos llevaremos a la chica con nosotros – le dijo.

Berenice arqueó las cejas.

– ¿Qué?

– Miranda y yo nos comprometemos a cuidarla.

Se volvió a agitar su conciencia. Como si un vórtice la atrajera a la tempestad, pero ella, aún en el centro de la tormenta, sentiría la quietud.

– No necesitás involucrarte, amor. Sólo... necesito tu aprobación.

– ¿Involucrarme? Sabés que no me negaría a cuidar a esa pobre chica. Pero... ¿no deberíamos hacer la denuncia? ¿dejar que se encarguen a quienes corresponden?

Fernis mostró una sonrisa agria.

– Miranda y vos sois las agentes de la ley.

Berenice se arrimó a su cuerpo. Estuvo a punto de expresar eso que estaba sintiendo. Pero consiguió contenerse.

– Pobre muchacha...

– Confiá en Miranda.

– Sí, claro. Ella es la experta.

Regresaron juntos a la habitación de Reminis. Justo en ese momento, vieron salir a Miranda de la habitación.

– Fernis, vení conmigo un momento más – lo llamó su hermana.

De repente se encontró sola delante de la puerta. Llenando su corazón de valor, entró a la sala. En cuanto tuvo a la

desdichada Reminis frente suyo, se dio cuenta de la magnitud del daño en ella. Su mirada estaba perdida en el cielo contaminado que se escondía detrás de los edificios y las luces de la ciudad. No se veía un daño significativo en su cuerpo, pero el aire se sentía cargado. Era un olor atípico, que sólo podía visualizar como un carbón mentolado. Un dolor frío, un descubrimiento pesimista, resignación, fuego de invierno.

Reminis no se inmutó ante su presencia.

Berenice se acercó a la ventana. Miró hacia afuera.

Estuvo a punto de hablar, pero prefirió no perturbarla.

Cuando Fernis llegó, cruzaron una mirada con Reminis, y tuvo la sensación de que ella se lo agradeció en silencio.



Continúa...